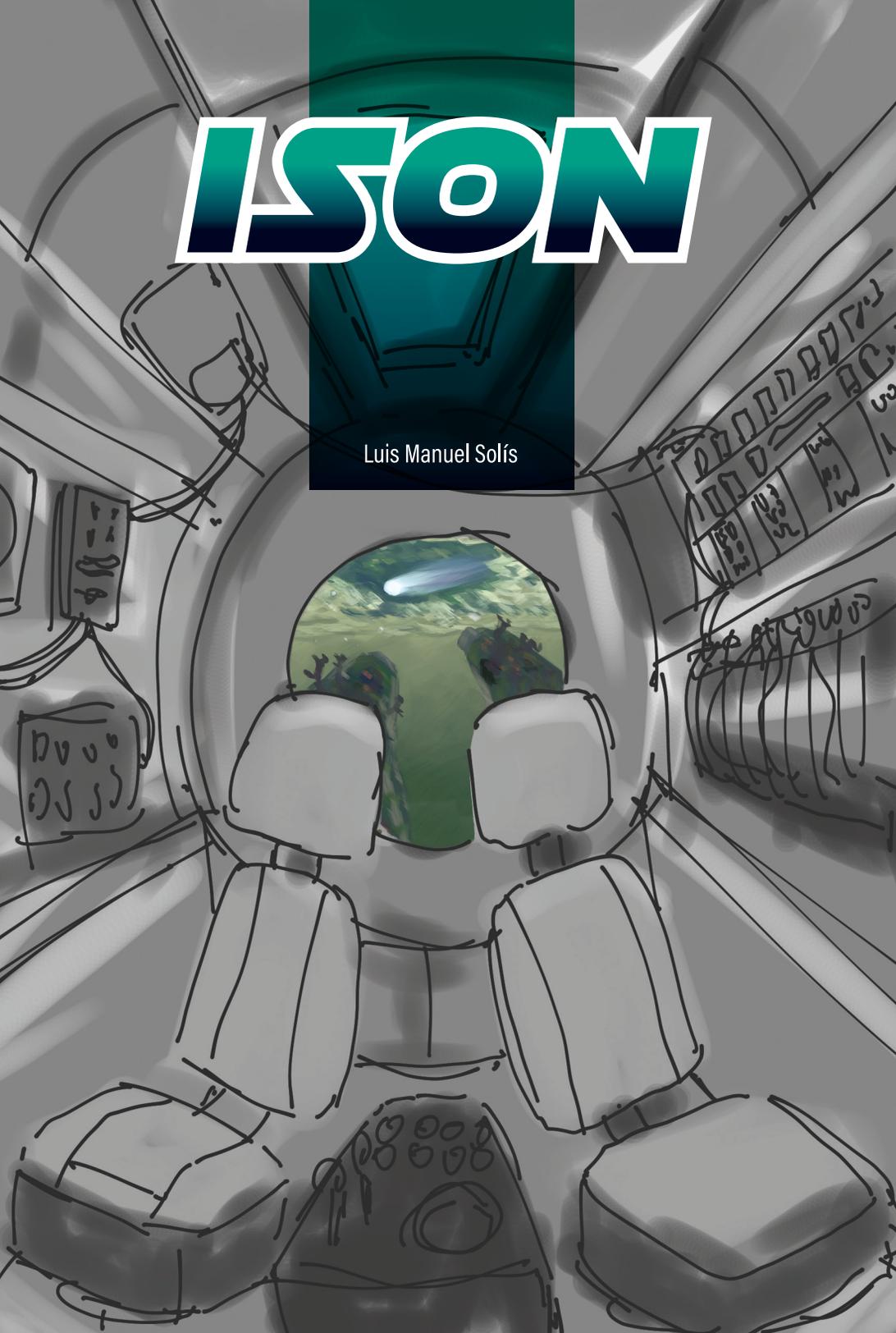


ISON

Luis Manuel Solís





ISON

Ison

Primera edición, 2023

Colección: Alas de Lagartija

© Luis Manuel Solís, por el texto.

© Ana Gabriela Hernández Naquid, por las ilustraciones de portada y guardas.

D.R. 2023 de la presente edición:

Secretaría de Cultura / Coordinación Nacional
de Desarrollo Cultural Infantil-Alas y Raíces
Paseo de la Reforma 175, 5° piso, Col. Cuauhtémoc,
Alcaldía Cuauhtémoc, C.P. 06500, Ciudad de México.

www.cultura.gob.mx

www.alasyraices.gob.mx

Coordinación editorial y edición: Bruno Aceves Humana.

Corrección: María del Carmen Salazar Flamenco.

Diseño de colección: Frida Solano Martínez. Formación:

Sofía Escamilla Sevilla. Producción: José Francisco Rosas García.

Se utilizaron las fuentes Clarendon y Montserrat.

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad de la Coordinación Nacional de Desarrollo Cultural Infantil-Alas y Raíces de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin la previa autorización por escrito de la Secretaría de Cultura.

ISBN del libro: 978-607-631-234-6

ISBN de la colección: 978-607-631-085-4

Impreso y hecho en México



**GOBIERNO DE
MÉXICO**

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

alas raíces

**ESTRATEGIA
NACIONAL DE
LECTURA**

ISON

Luis Manuel Solís

Volcán submarino

La criatura despertó con el cambio de ambiente. De una tibieza ingravida y silenciosa a un frío aplastante, plagado de ruido. Mientras tomaba conciencia de todo a su alrededor comprendió varias cosas a la vez: la líquida oscuridad en que se encontraba, la sensación de caer hacia una fuente de calor, y lejos, detrás de ella, a varios seres observándola.

Las ideas se le agolpaban estorbándose unas a otras, pero la temperatura aumentaba más y más mientras caía pesadamente, de modo que su propio chillido las despejó y una sola noción triunfó sobre las demás: supervivencia. Supo, con total certeza, el terrible riesgo en que se encontraba: de no detenerse moriría abrasada por el volcán submarino hacia el que se precipitaba. Comenzó a mover sus miembros, primero lentamente y después con la fuerza suficiente para frenar la caída de su sólida figura; al hacerlo, su mente se inundó con la certeza de que no podía hacer demasiado ruido porque la cacofonía del helado y oscuro fondo del mar estaba infestada de depredadores brutales; suprimió todos los ruidos que generaba. Desamparada, comprendió que era pequeña y débil ante ellos. Podían matarla.

Un instante después se detuvo a un lado del volcán y esperó hasta que en su mente empezaron a formarse imágenes que sus sensores de calor y de salinidad, las densidades del agua, los olores y los sonidos le permitían percibir de un modo profundo y complejo, mucho más que si tuviera ojos, de los cuales carecía en absoluto. Aunque al principio no sabía cómo interpretar las muchas y tan diferentes señales de sus sentidos, pronto comprendió: multitud de variados bosques cubrían la vasta superficie que el calor del volcán entibiaba. En algunos lugares del fondo había restos de criaturas como ella, cubiertos de plantas y basura marina, criaturas de su edad que no habían aprendido rápido y no lograron sobrevivir.

Nacer no era fácil.

En clase

Faltaba media hora para que terminara la clase, pero los alumnos contemplaban con interés las imágenes que la maestra Monserrat proyectaba en la pantalla. Llevaban gruesos suéteres o chamarras encima del uniforme escolar ya que, como gran parte del año, hacía mucho frío en el pequeño poblado de San Juan, donde se asentaba la preparatoria. La neblina que bajaba del volcán Popocatepetl oscurecía el salón, haciendo innecesario recorrer las cortinas para tapar las ventanas. La mayoría de los jóvenes eran oriundos del mismo poblado; el idioma materno de sus abuelos había sido el náhuatl, y en los ojos y rasgos de los muchachos resonaban los ecos particulares de la poesía y la fortaleza que su lenguaje llevaba incrustado. La maestra, originaria de Michoacán, era menuda y de cabello alborotado, con los ojos entre marrones y verdes, como los pinos que abundaban en las cercanías. Llevaba puesta una sobria chamarra color azul que decía en la parte de atrás, en letras pequeñas: Maratón Messier 2009. Sus delgados dedos movieron el cursor de su *laptop* y la imagen de una brillante estrella apareció en la pantalla.

—Entonces, ese exoplaneta se llama Aldebarán B y orbita alrededor de Aldebarán, nombre de la estrella más brillante de la constelación de Tauro. ¿Qué les pareció? ¿Qué opinan? ¡Hablen, insensatos, hablen!

La voz de la maestra, imitando un perico al final, los sacó de concentración y los hizo reír. Como siempre, el primero en participar fue Juventino.

—¡Ja, ja, ja, se pasa maestra! —Se aplastó el grueso cabello negro y carraspeó un poco—. Pero ya nos desviamos mucho del tema y creo que no ha contestado la pregunta de Fidencia: entre tanto exoplaneta que ahora sabemos que existe,

¿cómo, o de qué forma, podemos saber si están habitados o no?

—Mi niño, ya la contesté con los datos que les di: aunque haya habido o hubiera vida, debido a las distancias y al tiempo que se tardaría en recorrer éstas, es prácticamente imposible saberlo; si hablamos de inteligencia, pues tampoco sería fácil detectarla con nuestros telescopios en esos lugares tan lejanos, necesitaríamos encontrar huellas que pudiéramos reconocer sin duda alguna: estructuras, luces, evidencia de compuestos que no sean naturales, por ejemplo.

Los estudiantes hablaban entre ellos, defendiendo o rebatiendo lo dicho por la maestra, mientras comenzaban a guardar sus cosas en sus mochilas.

Gabriela, una joven espigada y de penetrantes ojos negros, levantó la mano y preguntó con voz suave:

—Maestra, tengo una duda: en el rarísimo caso de encontrar vida fuera de la Tierra, ¿cómo se haría para ponerles nombre a esos seres... o criaturas?

Un muchacho llamado Servando volteó al oírla y se le quedó viendo, buscaba su mirada para sonreírle, pero ella parpadeó con desprecio, desestimándolo. La maestra notó esto y sonrió por dentro, mientras contestaba a la joven.

—¡Buena pregunta, Gaby! La respuesta es algo complicada, pero trataré de orientarte: no hay un consenso internacional sobre algo así; como vimos hace rato, para nombrar un astro hoy, primero se investiga cuál era su denominación más antigua conocida. Cuando se tiene, aunque sea en una lengua o dialecto que se usa poco, se le nombra de ese modo y se le asigna un número único. Las estrellas o planetas más conocidos ya llevan nombres griegos, árabes o latinos porque ellos fueron los principales astrónomos de

la Antigüedad y se seguirán usando por respeto. Lo que les voy a decir ahora es solamente una suposición mía, pero sigue este criterio: si encontráramos vida, por ejemplo, en Aldebarán, nombre de origen árabe, lo más obvio sería ponerles a los posibles extraterrestres un nombre de origen árabe también. Para algún tipo de ave, ¿qué tal, em, Tayaran, que significa “volador”? ¿O qué tal Zahra, que significa “flor”, para algún tipo de organismo vegetal? En el caso de que tuvieran nombres propios, pero impronunciados para nuestras cuerdas vocales, podríamos usar alguno que hiciera referencia a lo que significa el original, pero claro, en árabe, como Aanisa, Farah, Karim, etcétera. Nombres bonitos y con significados positivos. Ah, otra cosa: vivieran del modo en que vivieran, por naturaleza trataríamos siempre de encontrar las similitudes entre su sociedad, si la tienen, y la nuestra. Esa comparación nos ayudaría a describirlos y a entender mejor sus acciones. ¿Les quedó claro?

Los alumnos asintieron, poniéndose de pie para irse. Varios comentaban sobre verse el fin de semana para ir a la feria del pueblo. Monserrat también comenzaba a guardar sus cosas cuando Gabriela, Juventino y Servando se acercaron.

—Profa, ¿trajo algo para comer o va a ir a la cafetería? —preguntó Gaby.

—Sí, traje un sándwich; pero hace mucho frío y se me antoja un cafecito. Vamos, los acompaño.

Conciencia

La criatura recién nacida, llamada Aeneas, continuó creciendo y desarrollando sus sentidos físicos y mentales. Percibía ahora con toda claridad a su padre, Alcander, a su madre, Aglaia, y al clan familiar al que pertenecía, conformado por sus tres hermanos: Pegasia, Obelius y Tassos; así como su territorio: un volcán en el lecho marino que arrojaba lava con regularidad; por todas partes, chimeneas volcánicas despedían agua hirviendo y gases hipercalientes, los cuales entibiaban algunas docenas de kilómetros cuadrados en el fondo del congelado océano de Europa, una de las lunas del planeta Júpiter. Al igual que la totalidad de las diversas criaturas que habitaban dicha luna, su especie, los europeos, carecían por completo del sentido de la vista: no poseían ojos o algo parecido. Esto se debía a que la luz del Sol era muy débil a esa distancia y, para colmo, era imposible que atravesara la espesa capa de hielo de la superficie de Europa, sumiendo aquellas heladas aguas en la oscuridad eterna, e impidiendo la evolución de órganos de visión. Eran los únicos seres con inteligencia y con la capacidad de percibir con la mente. Habitaban en las zonas en donde abundaba su alimento principal: gusanos de cientos de metros de largo que se revolvían en el fondo cenagoso en busca de los minerales y cristales de roca que el volcán exhalaba. La boca de los gusanos, un largo tubo endurecido, machacaba los cristales, metabolizándolos y proveyendo así de nutrientes únicos tanto a ellos como a los seres que a su vez los cazaban y de los cuales dependían otros, convirtiendo el lugar en un ecosistema completo y en balance. Aeneas se sorprendió al comprobar que, pese a su enorme tamaño, los gusanos no podían ser percibidos con la mente; los europeos los localizaban valiéndose de los olores y sonidos característicos que éstos emitían. El por qué parecían ser invisibles a sus conciencias era un misterio para los europeos, suponían que la gran cantidad de cristales que ocupaban cada

palmo de sus cuerpos anillados los dotaba de una especie de camuflaje.

Millones de años atrás, durante su evolución, los primeros europeos desarrollaron una habilidad única heredada a su descendencia: se hicieron conscientes de las interacciones cuánticas de sus células. Dicha capacidad derivó en diversas adaptaciones. Podían influir y detener el movimiento de los átomos de sus cuerpos para “encapsularlos” en microscópicos cristales que poseían metabolizados en su constitución, y desplazarlos en una miríada de resplandecientes puntos hasta distancias asombrosas. Primero tenían que visualizar con la mente a la perfección el sitio al que deseaban llegar y, entonces, tenían que hacer vibrar cuerdas específicas dentro de un órgano hueco situado entre su cerebro y su garganta; al alcanzar el nivel de vibración adecuado podían enviar su cuerpo a ese lugar, empaquetado a nivel celular en los cristales. Tales puntos resplandecientes se movían entre el agua, los bosques, el hielo, los seres vivos, los objetos y las distancias de manera instantánea debido a que lo hacían en el espacio cuántico.

Todos los europeos poseían la capacidad de interpretar con la mente mucho más allá del limitado alcance físico de sus sentidos. Habían perfeccionado dicha habilidad muy temprano en su evolución y ahora eran poseedores de la destreza de “percibir”, usando a su antojo su enorme cerebro, no únicamente su hábitat y su propia y dinámica luna, la cual conocían de manera absoluta, sino también el planeta gigante que orbitaban y sus otras numerosas lunas, así como todo el Sistema Solar.

El espacio entre los astros estaba lleno de cuerpos celestes, como asteroides y cometas, que habían sido “cartografiados” generaciones atrás por los europeos. El Sol era para ellos una fuente continua de asombro y maravilla. Era como

si millones de volcanes hicieran erupción con todo su poder todo el tiempo, despidiendo tanto calor y gravedad que incluso a esa enorme distancia podía sentirse tenuemente en la superficie de la pequeña luna. Durante el largo tiempo que les tomaba metabolizar su alimento, los europeos solían dedicarse a recorrer con sus mentes los lugares o los cuerpos celestes que habitaban el Sistema Solar; otros trataban de descifrar las interacciones entre los vientos solares y las atmósferas de los planetas, pero todos, en algún momento, transitaban por el planeta más enigmático y fascinante de cuantos conocían: la Tierra. Los europeos consideraban la temperatura de la atmósfera terrestre un infierno, ya que por lo general estaba muy por encima de la temperatura máxima que ellos podían soportar, unos seis grados celsius; pero era un mundo rebotante de vida a más no poder y con algo único: océanos parecidos a los de su hábitat. Como si no fuera suficiente para atraer su atención, en tales masas de agua vivían criaturas muy parecidas a los europeos, como versiones miniatura de ellos, pero que no daban signos de poseer una conciencia celular como la de los seres de la luna Europa.

Desde algunas generaciones atrás se especulaba con la idea de poder desplazarse hasta los extraños mares del tercer planeta, ya que no percibían allí depredadores tan grandes como con los que coexistían. La mayoría de los europeos respondía con la certeza de que era una muerte segura: varios lo habían intentado y ni siquiera alcanzaron a alejarse mucho de su diminuta luna, no había pensado que llegarían al distante planeta, y en caso de hacerlo la posibilidad de soportar las temperaturas era poco más que remota; otra cosa parecía oponerse: una especie de seres no marinos se había extendido por todo el planeta, consumiendo, adaptando y destruyendo ecosistemas enteros en el curso de un par de generaciones de europeos. Ahora se dedicaban a explorar y destruir los océanos con los que ellos soñaban. Una amenaza. Siempre llegaban a la misma conclusión: era imposible.

Conforme Aeneas se iba sintiendo seguro respecto a sus capacidades, la idea se formaba en su mente una y otra vez: ¿Cómo habían desarrollado tales habilidades? ¿Cómo era posible que sus pensamientos fueran “leídos” y pudiera “leer” los de sus iguales?. La respuesta tomó forma poco a poco en su pensamiento y fue afinándose gracias a las historias y tradiciones de su raza: los cristales y minerales que el volcán expulsaba, refinados y metabolizados por los gusanos. Esos súper nutrientes actuaban del mismo modo que el hierro, la vitamina B o el omega 3 en los humanos, pero a una escala mucho mayor, desarrollando el cerebro de los europeos al máximo, proveyéndolos de diversas capacidades, como la percepción, la memoria genética y el desplazamiento.

La inteligencia se manifestaba en los europeos de manera similar al contenido precargado de los modernos dispositivos terrestres: en los filamentos de su ADN llevaban la información más importante para su supervivencia. Tal ventaja evolutiva tenía una pálida sombra en lo que los seres humanos llaman instinto; acciones como la urgencia de algunos cuadrúpedos para ponerse de pie apenas al nacer, la carrera hacia el mar de las tortugas marinas al romper el cascarón, la migración de las aves o la metamorfosis de las orugas eran sencillas comparaciones; sabían qué hacer como si un maestro les hubiera enseñado desde la concepción. Para los europeos las lecciones, la práctica y la experiencia confluían de manera armónica en cada célula. Los conocimientos básicos eran los mismos para todos los europeos, lo más crucial tenía prioridad: los volcanes, las olas submarinas, los depredadores y la conciencia ocupaban los primeros lugares del contenido precargado; al momento de nacer, tales conocimientos tenían que ser puestos a prueba de inmediato: en caso de no lograrlo, la muerte no tardaba. La selección natural es igual de implacable en cualquier lugar del Universo.

El atolón

La maestra Monserrat le dio un par de sorbos a su café y puso la taza junto a los jarros de humeante chocolate de los jóvenes sobre la mesita de la cafetería en donde había colocado algunas fotos que sacó de su bolso. Tomó una y se la dio a los muchachos.

La mostraba a ella de joven junto a otra mujer. Se notaba de inmediato que era mucho más alta que la maestra y estaba muy bronceada, con pequeños ojos azules flanqueando una nariz larga, y el cabello corto y rubio. Ambas estaban en traje de baño, al lado de una alberca enorme.

—Les contaré algo para que se den una mejor idea de lo que pienso sobre los extraterrestres. Ah, pero antes les diré quién es esta mujer. Seguramente recuerdan que les he dicho en clase que cuando era más joven viajé mucho. Bueno, esa foto es de Hawái. Ella se llama Heleentje van der Wissel, es holandesa y bióloga marina especializada en extremófilos. ¿Los recuerdan? Alguna vez platicamos en el salón sobre estos seres, la mayoría son microorganismos, viven en lugares en los que antes se pensaba que no podía existir vida, debido a sus condiciones extremas: profundidad, alcalinidad... ¿Qué más?

—Calor, acidez, radiación, etcétera —contestó Gaby—, de ahí su nombre.

—¡Muy bien! Bueno, conocí a Heleentje durante la fiesta de bienvenida a Hawái, ambas íbamos solas y luego luego nos hicimos amiguitas. Ella habla más o menos el español, aunque con acento madrileño, y bastante el inglés (como yo), así que podíamos conversar casi sin problemas. Ha vivido más tiempo en el mar que en tierra firme y no sólo por su carrera; resulta que a finales del siglo xvii uno de sus ante-

pasados, un tal Geerlach van der Wissel, capitán de un barco mercante, descubrió durante un viaje por el océano Pacífico, cerca de las Filipinas, un atolón pequeño y lo bautizó con su nombre: atolón Geerlach.

—¿Qué es un atolón, maestra?

—Son formaciones coralinas o volcánicas de forma más o menos circular, Servas, por lo general con una laguna interior casi siempre comunicada con el mar. El que descubrió el capitán es minúsculo, de un par de kilómetros cuadrados aproximadamente, y sólo aparece en mapas especializados de la zona. Sin embargo, para él y su familia resultó, al menos por un tiempo, algo así como sacarse la lotería: lo nombraron explorador, benefactor, conquistador y quién sabe qué tanto más. En ese tiempo los países europeos pequeños buscaban por todos los medios hacerse de territorios en ultramar y cualquier cosa era motivo de gran prestigio para su descubridor, incluso un pequeño trozo de piedra, como el descubierto por el capitán. Bueno, pues el gobierno holandés mandó colocar una placa en el atolón haciendo constar que era de “Su Majestad”, pero “bajo el cuidado del (ahora) barón Geerlach”. Esa distinción marcó el camino de ahí en adelante para los Van der Wissel y todos sin excepción se dedicaron al comercio y a la investigación marina. La Corona pagó al capitán y a sus descendientes una discreta cantidad de florines, a manera de renta, por el “servicio prestado a su Real Majestad”. En un par de ocasiones, con tal de justificar el gasto y darle cierta importancia al pedrusco, barcos de la Armada Real del Reino de Holanda se “guarecieron” de tormentas o fondearon en él para reparar averías menores. Los nietos del capitán llegaron a poseer una pequeña flota mercante y organizaban grandes viajes para familiares y amigos a “su territorio en el Pacífico”. Éstos eran viajes carísimos y que no producían nada más que “prestigio”. A la larga, esas expediciones para visitar el atolón y la mala

administración significaron su ruina económica y fueron quedando en bancarrota hasta que casi desapareció la Casa Van der Wissel. Heleentje es la última de su familia que nació en Holanda, todos sus otros familiares viven en diferentes lugares del mundo.

Montserrat tomó otra foto y se las enseñó. Heleentje aparecía en una playa de aguas azules y arena blanca. En una enorme roca se apreciaba una placa enverdecida por el clima y el tiempo. Heleentje la señalaba con cierto embarazo, casi con pena.

—Esa foto es del atolón. Se le hace gracioso que ahora trabaje relativamente cerca del sitio que significó tanto para su familia en un momento dado. No puede ser de otro modo, pues su zona de investigación se encuentra en la fosa de Las Marianas, cerca de las islas del mismo nombre y de las Filipinas, concretamente en el abismo Challenger, que es el lugar más profundo del planeta y que es justo de lo que quiero hablarles; disculpen que me ponga a divagar un poco, pero siempre que recuerdo la historia de mi amiga no aguanto las ganas de contarla.

—¡No se preocupe, maestra! —contestó Gaby—. Y qué trabajo tan padre tiene esa mujer.

—¿Qué tan profundo es ese abismo, profa?

—Llega hasta los once mil metros por debajo del lecho marino, Juve. A esto era a lo que iba. Allí, la presión es de más de mil atmósferas y la temperatura del agua es de cuatro grados: una persona quedaría instantáneamente aplastada y congelada. Pues bien, incluso bajo esas condiciones hay vida, y no se le considera extremófila.

—¿Qué?! —exclamaron los tres estudiantes al mismo tiempo.

—Es verdad. Las criaturas que estudia Heleentje viven más abajo. Miren, hace algunos años ella y yo manteníamos abundante correspondencia electrónica y, por eso y por lo que leo en internet, me mantengo al tanto de lo que hace. Me ha contado que han sacado, con robots, muestras de rocas y arena del fondo del abismo Challenger, muestras de docenas de metros más abajo, y que en ellas han hallado microbios, bacterias, eucariotas y arqueas que tienen ciclos de vida extraordinariamente lentos, casi geológicos; absorben, de alguna forma no muy clara todavía, cantidades mínimas de energía geotérmica y química producida por los temblores de la corteza terrestre. ¿Sí me di a entender? ¡Estas criaturas viven miles de años y se alimentan de los movimientos de la tierra! Hay evidencia fósil de criaturas similares de hace tres mil millones de años. Dejemos volar la imaginación: ¿Qué tal si, más abajo aún, existen todavía esos primeros seres? ¿Qué tal si, como sospecha Heleentje, son en realidad la base alimenticia de otros seres que aún no hemos descubierto? Ella teoriza que se trata de algún tipo de gusanos marinos, del filo gnatostomúlido, probablemente gigantesco. ¿Cómo carajos...? Perdón, chicos. ¡Me gana la emoción! ¿De qué manera podríamos, entonces, ya no comunicarnos, sino entender a tales criaturas? ¿Qué tal si para ellos, por decir algo, sólo ha transcurrido un día desde la Creación?

—¡Ésos sí que son extremófilos! —dijo Juventino, con un hilo de voz.

—Exacto. Eso era lo que quería que entendieran. Ahora, el trabajo de Heleentje y su equipo será investigado y comprobado por casi cien universidades y científicos. Una vez que sea publicado es posible que cambie nuestro modo de ver la vida. Sonará perturbador, pero parece ser que, estadísticamente, estos seres representan entre 15 mil y 23 mil millones de toneladas de la biomasa basada en el carbono.

De ser cierto significaría que ni sumando la totalidad de los animales e insectos juntos llegamos a la mitad de esa cifra; estos extremófilos son en realidad la especie dominante del mundo. ¡Y la mayoría de las personas ni siquiera sabe que existen! Muchos científicos creen que todo en el Universo tiene que ser igual o muy parecido a lo que conocemos aquí, en este diminuto pedrusco llamado Tierra. Siguiendo esta línea, o soberbia, la búsqueda de vida inteligente se limita, se estrecha. Es como si tratáramos de iluminar una montaña utilizando una veladora. Así de vanos son, han sido y serán nuestros esfuerzos si no cambiamos de mentalidad. La labor de mi amiga debe ser capaz de cambiar ese postulado.

—El trabajo de esa mujer puede llegar a ser muy importante —comentó Gaby, con la voz cargada de emoción.

—Más importante que el pinche atolón, creo yo, chaparrita —le respondió Servando, también abrumado por la explicación de la maestra.

—No lo duden, mis niños, en algún lugar leí que podría incluso ganar un premio Nobel —su voz se quebró ligeramente—. Es una gran mujer. La he invitado varias veces a que conozca mi volcán, pero el trabajo siempre le arruina los planes. Esperemos que el próximo año sí se pueda.

Los tres adolescentes saltaron de sus asientos, pidiendo a viva voz conocerla. Monserrat rio de buena gana y les aseguró que así sería en caso de que la holandesa fuera a visitarla.

Monserrat tomó otra fotografía donde aparecía con Heleentje comiendo mariscos a bordo de un barco. Sonrió de manera agridulce. Vio tan entusiasmados a sus alumnos que prefirió no terminar de contarles todo lo que sabía de la holandesa: que había sufrido un accidente rarísimo cinco

años atrás, que no quedó del todo bien ni física ni anímicamente, que la publicación de su investigación tenía ya casi dos años detenida, y que sólo estaba siendo continuada, de modo esporádico, por su equipo. Dos años también tenía el último correo electrónico que recibió de Heleentje. La bióloga parecía haber dejado todo atrás.

—Profa, ¿ya tiene quién le ayude con sus observaciones del siguiente viernes? Cuando nos comentó que habrá un evento de la NASA...

—No, Juve, todavía no tengo quién me ayude. ¿Por qué?

—¿Puedo ir yo?

—Claro, muchas gracias.

—¿Y yo también, maestra?

—¡Por supuesto, Gaby!

—¡Yo quiero ayudarla también!

—¡Uy! ¡Qué acomedido, Servando! Gracias.

Los cuatro rieron y después abandonaron la cafetería.

Bosques flotantes

La percepción de Aeneas aumentaba exponencialmente, dándole un mayor conocimiento del astro que llamaba hogar. Desde el fondo del mar había una docena de kilómetros de agua a temperatura tolerable y luego empezaban las zonas donde el frío formaba un “techo” congelado. Hasta allí llegaba su hábitat. El volcán y su entorno, lo que ahora identificaba como “casa”, era uno de innumerables sitios de idénticas condiciones en las profundidades de Europa. En dicha luna, cubierta de capas de hielo de diferentes grosores, el agua formaba océanos interconectados por toda su superficie. En vastas zonas se habían formado cuevas y túneles kilométricos que permitían el constante flujo de agua. Por encima se encontraban capas de progresivo frío, lo que volvía más espesa el agua conforme se ascendía hacia la superficie, hasta el punto de hielo, duro como el granito, en donde terminaba el océano y, sin mediar frontera física alguna, comenzaba el espacio.

Los europeos adultos eran del largo de un submarino nuclear, pero de forma un tanto achatada, como las ballenas. Sus cuerpos estaban cubiertos de multitudes de organismos que formaban todo un ecosistema simbiótico. Un científico de la Tierra habría descubierto que la mayoría de tales seres pertenecían a variaciones locales de algas y esporas, con grupos de criaturas parecidas a peces que convivían alimentándose de los desechos de su anfitrión. Los europeos más viejos lucían como auténticos bosques flotantes, viviendo en armonía con sus huéspedes y moviéndose con majestuosidad entre las bocas del volcán en busca del sustento.

Al quedar preñadas, las europeas desarrollaban una especie de bolsa amniótica externa, alejadas de ellas por varios metros y que sólo se mantenía unida a la madre por un grueso cordón umbilical. Al dar a luz, rompían dicho cordón y la

bolsa, liberando a la cría por encima de un volcán; la tremenda presión del agua a esas profundidades y la fuerza gravitacional de Europa, aunadas al peso natural de los europeos, provocaban que el recién nacido cayera como piedra, muriendo si no lograba despertar y reaccionar.

Olas

La corriente submarina cambió en cuestión de minutos y con ella la dirección de la columna incandescente del volcán. En la absoluta oscuridad reinante, los enormes gusanos se revolviéron con fuerza, tratando de hundirse lo más posible en la fértil composta del suelo marino; pero era tarde: los europeos se desprendían de más arriba, atacando y devorando largos trozos de un mismo gusano, hasta que no quedaba nada. Pese a que las presas abundaban, nunca mataban más que lo necesario para alimentarse, a diferencia de sus propios depredadores, que, de tener la oportunidad, no dudarían en asesinarlos a todos, aunque después murieran de hambre. La boca de los europeos tenía dos planchas de material óseo que hacía las veces de dientes, triturando el cartilaginoso cuerpo de los gusanos y con ellos la enorme cantidad de polvo cristalino que éstos consumían. Tales cristales eran liberados por los volcanes, pues provenían de las profundidades del satélite.

Aeneas estaba terminando de comer cuando percibió la tensión líquida que se aproximaba y de inmediato avisó a los miembros de su clan. Provenía del horizonte marino. Era el movimiento total del mar, desplazando todo arriba y abajo, llevándose el agua tibia y sustituyéndola por otra casi a punto de congelación. Se trataba de la presión gravitacional de Júpiter, empujando a manera de ola submarina el fondo del océano. Era un ciclo periódico de diferentes e irregulares intensidades que dependían del movimiento del planeta, de Europa y de las otras lunas. Por lo regular sólo afectaba algunas zonas y raramente a más de la mitad del satélite. La mayoría de las veces únicamente se trataba de breves e insignificantes “empujones”, no más molestos que la marea de una playa en la Tierra, pero en otras ocasiones, la fuerza de los tirones gravitacionales de Júpiter provocaba poderosas olas que podían arrancar los bosques marinos y

arrojar a gran distancia a todos los seres que no estuvieran preparados para resistir. Ésta era una de esas ocasiones. Al haber tantas variantes que influían en su formación era imposible saber cuándo se formarían y su fuerza, pero bruscos cambios en la temperatura y la sensación de que el mar se “espesaba” y formaba una corriente eran avisos de que se aproximaban. El clan adoptó una posición parecida a un torpedo formada por todos los integrantes, con los más viejos y resistentes al frente y las hembras preñadas y los más pequeños en el centro. La idea era moverse entre las diferentes densidades, como si de un único y enorme ser se tratara, buscando las temperaturas menos frías y evitando oponer resistencia a los millones de toneladas de agua helada que se aproximaban. Pero había otro riesgo: la ola pasaba sobre el volcán enfriando drásticamente toda el agua alrededor de él, y permitiendo que los feroces depredadores se aproximaran antes de que el magma volviera a calentar los alrededores. Una sensación de desamparo se apoderó del pequeño Aeneas pese a que sus padres y hermanos estaban justo frente a él. Leyó sus mentes y encontró una determinación total, inquebrantable. Era su forma de vida y sobrevivirían, una vez más. La primera ola llegó mucho antes de lo que pensaba. No era como un golpe, sino más bien como la formación de una corriente y su continuo aumento de fuerza, que no paraba y que presionaba con brutalidad su cráneo. La manada comenzó a nadar con energía, sin perder la formación y atentos a las variaciones de temperatura. En la oscuridad total, Urión, el líder, detectó la llegada del primer cambio brusco en la densidad del agua y picó la punta de su cabeza hacia abajo, haciendo que el clan descendiera con cierta elegancia, evitando el agua casi congelada que como helada guadaña cortaba todo a su paso, convirtiendo plantas y criaturas desprevenidas en trozos reventados de hielo. Al ser generadas por multitud de factores externos, como la fuerza gravitacional de Júpiter y la resonancia orbital de las cercanas lunas, e internos, como la cambiante geo-

grafía submarina de la luna, era imposible predecir la fuerza o duración de cada grupo de olas; de haberse dado cuenta de lo inusualmente poderosas que iban a ser en esta ocasión, se hubieran desplazado utilizando otros métodos. Urión elevó la nariz, ascendiendo, y de inmediato el clan repitió la maniobra subiendo sobre otra masa de agua helada. El líquido dejaba un olor metálico, aséptico, faltar de vida; arañaba los olfatos de las criaturas como recordatorio de lo que ocurriría en caso de detenerse. Aeneas nadaba como nunca en su vida, oponiéndose a la corriente; la temperatura había descendido mucho, y, pese al esfuerzo, temblaba casi incontrolablemente; no podía ni imaginar lo difícil que era nadar para las hembras preñadas: la bolsa amniótica era como un ancla que les estorbaba y las jalaba. Las olas y las maniobras para evitar el frío extremo alejaban a la manada cada vez más del volcán, dejando al grupo cerca del punto de congelación. Incapaces de resistir los cambios extremos, las criaturas y plantas que vivían en sus cuerpos morían y se desprendían, como las hojas de los árboles arrancadas por el viento. Un par de las crías más pequeñas de europeos se cristalizaron y la corriente se las llevó de inmediato. látigos repletos de pinchos los atraparon. Los depredadores acechaban. Pasaban a toda velocidad, también arrastrados por la corriente; pero, acostumbrados a esa temperatura, lanzaban sus afilados tentáculos con la esperanza de conseguir una presa. Otro joven europeo recibió multitud de salvajes ataques y fue arrastrado por un par de experimentados depredadores.

Urión tenía toda su atención al frente, pero percibió el dolor de los padres de las crías. Por todos lados surgían látigos afilados que pasaban cada vez más cerca. No quería maniobrar para acercarlos al volcán, sabedor de que podría ser peor en esos momentos. Faltaba poco, quizá con un par de maniobras más y estarían a salvo. Libraron otra masa de agua y descendieron con lentitud. El frío cobró fuerza. Por un instante Urión no supo, pese a su experiencia, cómo interpretar

lo que percibía. La sombra del miedo nubló sus pensamientos: una auténtica pared avanzaba hacia ellos; llegaba desde el fondo del océano hasta el endurecido “techo”, no había espacio para maniobrar. Se resistió por muy poco a la imperante necesidad de huir y tratar de salvarse a sí mismo. No; el clan era su responsabilidad, de separarse morirían todos. Con la mente semiembotada por el pánico, comenzó a nadar y a girar en dirección al volcán; los demás lo imitaron, todavía ignorantes de lo que se aproximaba. El magma emitía un bramido aturdidor: al chocar violentamente con la incesante corriente de agua helada se había ido formando una corteza y, por debajo, una burbuja del mismo candente material; gruesas fisuras provocaban columnas horizontales de vapor, agua hirviendo y gotas de lava que eran despedidas a distancias enormes. El pequeño Aeneas ya no podía nadar, avanzaba sólo porque los que venían atrás lo empujaban. La formación de europanos estaba casi por romperse cuando, por fin, unos ramalazos de agua tibia los reanimaron. La pared helada ya estaba próxima y se acercaron a la burbuja lo más que pudieron soportar. La pared llegó y cubrió todo. Hasta el agua hirviendo bajó su temperatura y las criaturas tuvieron la certeza de que morirían congeladas. Urión nadaba furiosamente, tratando de que siguieran su ejemplo y se acercaran todavía más a la ahora casi fría estructura del volcán. El fondo marino estaba congelado y los depredadores se movían en él, aferrados al lecho con sus tentáculos y acercándose al grupo. Presionada por la pared de agua, la burbuja de magma reventó, arrojando desechos candentes por todos lados y provocando una subida casi inmediata en la temperatura. Los depredadores se retorcieron y murieron, incapaces de soportar el calor. Tras el paso de la pared de agua la temperatura comenzó a normalizarse con rapidez, el clan salió del sopor en el que había caído y buscaron un mejor lugar para recuperarse. Algunos tenían heridas de pinchos y de los cuerpos de todos habían desaparecido sus ecosistemas simbiotes. El peligro había pasado.

Popocatépetl

Al tercer intento pudo Servando, al fin, completar el rompecabezas que apagaba la alarma de su teléfono celular. Una cobija con la imagen de Goku y Vegeta cubría la ventana de su cuarto como protección extra contra el frío; a Servando le gustaba ver la claridad del sol entrando por detrás de la cobija: le daba la impresión de estar viendo los elegantes carteles de propaganda del cine. Eran apenas las seis de la mañana.

Tenía una hora exacta para asearse y desayunar. Pese a eso, por enésima vez, buscó en el teléfono las fotos del fin de semana pasado. El archivo estaba en la pantalla de inicio y lo abrió: las primeras fotografías mostraban a sus amigos y a él reunidos en el quiosco del pueblo; todos lucían sus mejores sonrisas pese al intenso frío, algo habitual en el pequeño poblado de San Juan. Servando asintió al mirarse en las imágenes: alto, moreno y de quijada ancha, se sentía muy satisfecho con su corte de cabello tipo mohicano; sonreía con facilidad y era buen estudiante. Un suspiro se le escapó sin darse cuenta al contemplar a Gabriela, que salía guapísima; ese día ella lucía una chamarra color marrón y un gorro decorado con búhos, que hacía juego con su cabello negro; en opinión de Servando, la sonrisa de Gaby opacaba a todo el grupo. Las siguientes fotos mostraban su recorrido a pie rumbo a la feria que se había instalado unos días antes con motivo de la fiesta patronal del pueblo. Seguían varias imágenes más de los muchachos subiendo a los juegos mecánicos, comiendo en los puestos de antojitos o participando en los diferentes entretenimientos de la feria. Servando había notado cómo las fotos mostraban primero una fría distancia entre Gabriela y él, después, poco a poco, aparecían más y más juntos mientras el grupo se dividía o algunos regresaban a sus casas. En las últimas sólo aparecían Gabriela, Servando y Jimena, su mejor amiga. Jimena apretaba los

labios en una sonrisa contenida y los miraba con los ojos brillantes. Gabriela se notaba un poco incómoda, pero sonreía. Luego, Jimena se había ido y se habían quedado solos. Una única foto, una *selfie*, los mostraba lejos de la feria, con sendos elotes asados aderezados con limón y chile piquín, y sentados debajo de uno de los abundantes pinos de la región. No existía foto alguna de la larga y divertida plática que sostuvieron, ni del beso que se dieron un minuto antes de que los padres de Gabriela le hablaran por teléfono preguntando dónde estaba. Se despidieron con otro beso una cuadra antes de llegar a la casa de la chica. Ella le apretó la mano con fuerza: “Te me vas por la sombrita. No vayas a andar de loco, ¿oíste?”, le susurró. Al recordar la graciosa amenaza de la chica, Servando había entrecerrado los ojos sin darse cuenta y reía de forma bobalicona. Los abrió como platos cuando vio en el celular la hora: 6:20. ¡Era tardísimo!

A pocas cuadras de allí, Juventino, su mejor amigo, tenía rato de haberse levantado y estaba listo para ir a la escuela. Esa tarde, después de clases, Gaby, Servando y él irían a casa de la maestra Monserrat para ayudarla con sus observaciones. Además, seguirían en directo la transmisión de la NASA durante el acercamiento de un cometa. A Juventino el puro nombre de la NASA lo hacía pensar en algo serio e importante. Se acomodó la corbata azul y se puso un suéter del mismo color, que era el uniforme de la escuela; su perfil era más bien bajo y rechoncho, tenía facilidad para las matemáticas y la química, adoraba los videojuegos, pero comprendía la importancia de su educación. Hoy aprendería algo nuevo y diferente. Hoy verían el cometa Ison.

Desplazamiento

El bosque marino estaba petrificado. Todas las variedades de plantas y algas... congeladas. Los gusanos también, convertidos en reventados trozos que la corriente se llevaba. La destrucción era total y ya no habría alimento en aquel volcán, quizá durante varios ciclos del planeta. El clan se reunió. Urión hurgó en las mentes de todos lo más que se lo permitieron: estaban heridos y hambrientos pero dispuestos a seguirlo. Faltaba una de las hembras preñadas y no tardaron en averiguar qué le ocurrió: durante las maniobras la había dominado el pánico y había cortado el cordón umbilical, dejando que la corriente se llevara a la cría nana. Habiendo pasado el peligro, los machos la trataban con enojo: fue la única de las seis hembras preñadas que lo había hecho. La hostilidad era patente; la percibieron por última vez dirigiéndose a las zonas más frías. Allí había desaparecido.

Urión resumió la situación: tendrían que *desplazarse*, no había otra opción. Aeneas había percibido en varias ocasiones dicha expresión, pero nunca se había interesado mucho en lo que significaba. Le sorprendió ver que los europeos más grandes y jóvenes, su padre entre ellos, unieron sus cabezas, apoyándose unos contra otros; los demás se reunieron alrededor de ellos, esperando.

El pequeño no aguantó mucho y pronto se puso a husmear en la mente de su padre. Era un oasis de calma. No recordaba ninguna ocasión en que su padre tuviera ese grado de concentración y tranquilidad, ni siquiera al *visitar* con la mente otros lugares. Parecía como si durmiera profundamente, pero, de súbito, una chispa de sensaciones brotó de la mente de su padre: tristeza, desesperación; sondeaba el mar a gran distancia, buscaba algo en volcanes conocidos, pero ¿qué? Pronto se dio cuenta: vida. Los volcanes

cercanos estaban convertidos en helados yermos, con sus bosques y su fauna muerta. Como su hogar. Los clanes de europeos tampoco estaban. No podían haber sobrevivido. Una de las hembras emitió un chillido de alegría: había descubierto, muy lejos de allí, varios volcanes que tenían sus ecosistemas unidos e intactos, una enorme montaña submarina los había protegido del paso de la pared de agua helada. Ningún clan se asentaba por allí o en sus alrededores. Estaba libre. Con la prisa que dan el hambre y la necesidad de refugio, el clan entero se reunió junto al jefe y todos apuntaron sus hocicos hacia la fuente de vida. Se sumieron en un profundo sopor, excepto los pequeños, que percibían con perplejidad lo que hacían los adultos. Los microscópicos cristales de sus cuerpos vibraban con insospechada fuerza, todos los átomos del cuerpo de los seres parecieron perder cohesión y comenzaron a reagruparse adentro de los vibrantes cristales. El asombro de los más pequeños fue total. Los adultos se habían convertido en finas nubes formadas por miríadas de cristales no mayores a la cabeza de un alfiler. Algo más ocurría, el pequeño Aeneas tenía la misma sensación que experimentaba cuando exploraba con su conciencia más allá de su cuerpo físico, pero a diferencia de esas ocasiones ahora no podía dirigir sus pensamientos, simplemente su percepción giraba sin cesar. Lo comprendió de golpe: la vibración de los mayores había provocado que él y los demás pequeños también se convirtieran en información pura, guardada en los cristales. Su mente apenas comprendió cuando viajó de manera instantánea al lugar que la hembra había visualizado. En microsegundos los átomos empacados en los cristales se acomodaron a nivel cuántico y las criaturas parecieron salir prácticamente de la nada. Estaban *desnudos*, limpios de lo que quedaba de sus organismos simbioses. Pronto aparecerían más. En segundos la totalidad del clan se había desplazado a casi dos mil kilómetros de su antiguo asentamiento.

La maestra

Monserrat Islas vivía en las afueras del pueblo. Desde joven se había dedicado a la astronomía *amateur*, pero hacía mucho que había dejado de ser un pasatiempo para convertirse en algo más. Durante un viaje por Estados Unidos compró un telescopio semiprofesional y a diario escudriñaba el cielo. Cuando le ofrecieron una plaza en el pueblito ubicado en las cercanías de los volcanes Iztaccíhuatl y Popocatepetl no dudó ni un segundo en aceptar: lo limpio de aquellos cielos y la escasa luz artificial nocturna serían de gran ventaja para sus observaciones. Cínicamente había supuesto que los alumnos no le supondrían un gran reto, “después de todo, para bien o para mal, no tienen muchas oportunidades reales de salir de aquí”, había concluido.

Veinte años después pensaba diferente. Adoraba a sus alumnos, quienes, generación tras generación, la sorprendían con sus ganas de aprender y progresar, con su enorme energía y candidez, por completo diferente a la mayoría de los chicos de la gran ciudad donde ella había estudiado. Daba regularización gratuita a quienes la necesitaran y los exhortaba a continuar sus estudios pese a los esfuerzos que esto significara; llegó a solicitar audiencia con el gobernador para pedirle más y mejores becas para sus alumnos; consiguió la entrevista y tuvo éxito, obteniendo apoyos por parte de los gobiernos estatal y federal. Muchos estudiantes llegaban de pueblos cercanos, pues era la única preparatoria de la zona, y siempre se llevaban la imagen jovial de la maestra Monserrat, de cabello teñido de castaño, enormes lentes y elegantes pañoletas traídas de sus viajes a lejanos países, siempre con uno o varios libros bajo el brazo. Hacía tiempo que también trataba de inspirar a sus educandos enseñándoles astronomía. No todos los muchachos eran receptivos o tenían la suficiente paciencia para ello, pero quienes sí lo habían sido daban muestras de un mayor

interés por situaciones y lugares más allá de lo que se les enseñaba mecánicamente en los libros escolares. La llenaba de emoción recibir correos electrónicos de alumnos que, ya habiéndose graduado de alguna carrera, le contaban sobre los libros que habían adquirido, sus visitas a museos, cursos de artes, o, en un caso, la publicación de un libro sobre métodos de irrigación modernos, que una de sus alumnas más destacadas había escrito tras graduarse como ingeniera agrónoma en la Universidad de Chapingo.

Monserrat pensaba que lo que hacía no era otra cosa más que “poner su granito de arena”, pero incluso eso la llenaba de una enorme satisfacción y de las ganas de seguir fomentando la curiosidad en las mentes de sus alumnos, muchachos que lo mismo podían ordeñar una vaca, preparar carbón y sembrar por las mañanas, que por la tarde escribir códigos de programación de *software* libre o mirar en tiempo real cómo se llevaba a cabo un experimento en algún apartado rincón del mundo vía internet. Deseaba de corazón que los jóvenes de su país no sólo contemplaran cómo se escribía la historia, sino que fueran parte importante y activa de ella. Aunque entendía la importancia de la política y la economía, ella quería un presente en el que el arte y las ciencias asumieran el papel protagónico que tenían en otras sociedades.

La maestra suspiró. Faltaba mucho por hacer.

Impacto

Mientras no estuviera latente el peligro de las olas submarinas o de los depredadores acechando, la vida de los europeos era tranquila. Se dedicaban a recorrerlo todo con la mente. Conforme Aeneas crecía, sus capacidades se desarrollaban, pero a un ritmo y fuerza que desconcertaba a sus padres. Muy pronto se aburrió de explorar las inmediaciones de su hábitat y se dedicó a curiosear por todo el pequeño mundo que era Europa. Durante gran parte de los siguientes años se dedicó a visitar Júpiter. La impresión que le causó el gigante gaseoso fue enorme. El tamaño monstruoso del planeta, las fuerzas arrolladoras que se desarrollaban en su superficie, los seres del tamaño y forma de lunas que lo habitaban, todo era masivo, inconmensurable. Tardó en dimensionar el tamaño del planeta, el de la luna Europa y el suyo, pero en cuanto lo logró, quedó maravillado. En sus largos recorridos por Júpiter encontró que en algunas de las docenas de lunas que lo orbitaban había vida; desde sencillos protozoarios y bacterias hasta seres más complejos, como los que habitaban Ío, Harpálice, Amaltea y Ganímedes. Su fascinación por Júpiter duró décadas. Cuando pensaba que ya no había más por descubrir, un cometa que orbitaba de manera regular el astro, no soportó las presiones gravitatorias y se partió en veintitrés fragmentos mayores y otros cientos más pequeños, convirtiéndose en una andanada de objetos que se estrelló contra el gigante gaseoso, provocando explosiones masivas y la desaparición de muchas de las formas de vida del planeta. Los restos del cometa que no se estrellaron en Júpiter acabaron impactados en varias de las lunas del sistema joviano, provocando catástrofes similares, pero a una escala comparativamente menor. Un par de ellas se estrelló contra Europa, provocando enormes ondas de presión que despedazaron a todos los seres que alcanzaron. Los impactos crearon surtidores de docenas de kilómetros que se congelaron en pocos

segundos, mientras que debajo de la capa de hielo los fragmentos candentes cayeron como balazos en el mar, dejando estelas de agua hirviendo para después enfriarse y formar kilométricas aristas y picos de hielo que semejaban stalactitas en el techo congelado.

Aeneas y su clan estaban aterrorizados. La muerte y la destrucción habían llegado sin aviso y en una escala inimaginable. No sólo percibían el dolor y el terror de los de su misma raza, sino también el sufrimiento de todos los otros seres que habitaban Europa, Júpiter y las demás lunas. Lo percibían como si de una jaqueca se tratara, incluso cuando no utilizaban su percepción mental: el miedo arañaba sus cerebros hasta que parecía hacerlos sangrar. No tenían en sus registros genéticos ninguna referencia parecida, no porque no hubiera habido otros impactos en el pasado del planeta, sino porque jamás el daño había sido tan extenso. Mientras en el lejano planeta Tierra los astrónomos celebraban tan extraordinario evento, para los hijos del sistema joviano fue la peor de las épocas y el inicio del patrullaje incansable del espacio.

Durante un par de años, Aeneas evitó explorar con su mente aquel planeta que tanto le había impresionado. La última imagen que tenía en su memoria era la de los gigantescos jovianos ardiendo de manera incontrolable y precipitándose a las capas interiores del planeta. Al mismo tiempo, los seres más pequeños, en comparación, se habían volatilizado en instantes y habían desaparecido para siempre, ya que, si bien aquel planeta se caracterizaba por su propio gigantismo y el de sus habitantes, éstos eran pocos, pues no se reproducían en grandes cantidades y tampoco existía gran diversidad biológica. Aeneas percibía que los miembros de su clan revisaban constantemente los límites del Sistema Solar en busca de cualquier otro posible cometa o asteroide asesino. No parecía haber amenaza alguna en

el corto plazo, quizás un par en un futuro cercano y, con seguridad, llegaría uno, pero dentro de mucho tiempo. La información calmó a los europeos, pero no a Aeneas y a su familia. Alcander, su padre, no estaba convencido: aunque vieron ir y venir varias veces el asteroide que chocó con Júpiter, nunca habían imaginado que se partiría y las consecuencias que los impactos tendrían. Además, en caso de darse cuenta a tiempo, ¿qué podrían hacer? Si no hubieran estado en el lado opuesto de la luna al momento del impacto lo más probable es que hubieran muerto. Ningún lugar del satélite parecía seguro. Aglaia, su madre, recordó una vieja idea que pronto se convirtió en una obsesión para Aeneas: en caso de riesgo podrían intentar desplazarse hasta una de las lunas hermanas o incluso a otro planeta. Sus tres hermanos también lo tomaron muy en serio y comenzaron a explorar mentalmente los cuerpos celestes que eran candidatos factibles para un eventual éxodo.

Jacinto

Después de clases, Servando y Juventino pasaron por Gabriela al quiosco del pueblo y emprendieron la larga caminata hacia la casa de la maestra. El Sol estaba opaco, débil, como un rey sin descendencia. La neblina matinal no se había disipado del todo; sus últimos fantasmales retazos pendían de las partes más bajas de la sierra, esperando la noche para volver a extender su reino de sudarios. La mole de los colosos volcánicos inspiraba respeto y un temor sordo, reverencial. Una blanca columna de vapor de agua se elevaba del Popocatepetl, llenando el ambiente de humedad y sombras difusas que le daban un aspecto de ensueño a la tarde. Sobre el horizonte, en dirección a la Ciudad de México, nubarrones de tormenta descargaban relámpagos y truenos, sosteniendo un duelo con las grises e indiferentes nubes de contaminación.

La senda que conducía a la casa de la maestra era empinada y estaba llena de piedras, pero los muchachos bromeaban y reían contando chismes o recordando anécdotas de cuando eran más chicos. Servando y Juventino eran amigos de toda la vida. Fue en su infancia, durante una de tantas evacuaciones preventivas por temor a una erupción, en la que conocieron a Gabriela y a muchos otros niños que después serían sus compañeros de escuela. En esa ocasión el volcán sólo emitió exhalaciones de vapor de agua, piedras y cenizas. Estuvieron dos días en un albergue temporal en el salón municipal de San Pablo, esperando a que pasara la alerta y el semáforo de Protección Civil volviera al amarillo. Los maestros de primaria y secundaria dieron clases lo mejor que pudieron y setenta y dos horas después todos regresaron a sus hogares.

Gabriela y Servando caminaban tomados de la mano y de tanto en tanto se daban un beso ante la mirada divertida

de Juventino; hasta pocas semanas atrás había sido al revés: él abrazaba a su novia mientras Servando los acompañaba al río. Grupos de campesinos bajaban por el camino, con sus herramientas. Saludaban a los muchachos levantándose el sombrero o sonriendo, alegrando los rostros curtidos por el clima. Jacinto Damián, un señor de más de ochenta años, oriundo del lugar, se detuvo a platicar con ellos, subiendo y bajando por las laderas del cerro sin ningún esfuerzo, mientras los jóvenes ya comenzaban a respirar con dificultad.

—¿A dónde tan apurados, chamacos? Ya no tarda la agüita, anden con cuidado.

—Sí, Jacinto, ya sabemos; vamos a casa de la maestra Monse —respondió Servando.

—¡Ah! Es buena gente esa profesorcita. Luego anda mirando las estrellas en la madrugada con sus estetoscopios que tiene.

—¡Jajaja! ¡Telescopios, Jacinto! ¡No te digo! Puras penas contigo —comentó, divertido, Juventino.

—¡Eso dije! Estetoscopios.

—¿Vienes de sembrar, Jacinto?, ¿ya comiste? —preguntó Gabriela, mientras le daba una bolsa de pasitas con chocolate.

—Gracias, niña. Sí, ayudé a los Filemones a rascar en sus tierras, van a sembrar maíz. Cuando acabamos comimos. Antes, en la mañanita, subí por ciruela y capulín, me traje dos botes de cada uno y con lo que salió de la venta compré mezcal pa' la semana.

—Vente con nosotros, no creo que se enoje la maestra.

—¡Gracias, Servas! Pero ya estoy cansado y todavía voy a ir a ayudar a mi compadre con sus animales y a echar pulques con él. ¡Quienquita y se duerme y me deja solito con la comadre!

Los muchachos rieron de buena gana. Pese a su edad mantenía su humor y picardía como cuando lo conocieron.

—Se me van con cuidado, chamacos —les dijo al despedirse, con la voz extrañamente ronca—, Don Goyo ha estado muy raro: no ha temblado desde hace varios días, pero en la noche lo escucho resollar y resoplar bien clarito, parece que no puede dormir, está inquieto.

Se alejó frotándose la reseca piel de los brazos, como si por dentro sus huesos estuvieran fríos y tratara de entibiarlos. Los muchachos continuaron su camino y pronto llegaron a su destino.

El cometa

Aeneas lo percibió primero que nadie.

Algo muy extraño se acercaba al Sistema Solar. Era como un cometa, pero sólo por fuera, en realidad no se parecía a nada que conocieran él ni su familia ni los de su clan ni, al parecer, ningún europeo. Irradiaba una energía enorme, como el Sol, pero apenas era perceptible con sus otros sentidos, como si no existiera.

El hecho de encontrar pareja, y de que ella, Neola, hubiera quedado preñada, no logró distraer a Aeneas del singular objeto. La pareja dedicó mucho tiempo a observar el cometa, que, gradualmente, se iba aproximando a la heliopausa. En su camino se encontraba un asteroide que estaba repleto de formas de vida, las cuales eran muy parecidas a las misteriosas especies del reino fungi: sus formas variaban poco, la mayoría eran estructuras redondas de docenas de metros de diámetro formadas por redes rojas que cubrían la mayor parte del asteroide. Como en un ensueño, Aeneas observó a los rojizos seres estrujarse y aplastarse, perdiendo su brillante color, para quedarse inertes, mientras miles de finísimos filamentos se desprendían de ellos, formando largas volutas que parecieron ser absorbidas por el cometa. No podían creerlo: la vida del asteroide había desaparecido por completo, incluso los microbios y las bacterias estaban muertas. Aeneas dio la voz de alarma y cuando el cometa se aproximó a otro pequeño asteroide ocupado por colonias de primitivos organismos unicelulares, la totalidad de los europeos observaba atentamente; la situación fue la misma: diminutos filamentos se desprendieron de los organismos unicelulares y fueron absorbidos por el cometa. La vida desapareció del asteroide. Aeneas se dio cuenta de que, en el momento mismo de acabar con los diminutos seres, el cometa realizó una maniobra que lo ponía en una ruta que

atravesaría a corta distancia de Neptuno, Urano y Saturno, para después pasar muy cerca de Júpiter. El miedo se instaló en los europeos, como si de una enfermedad se tratase.

Aeneas, al igual que todos y cada uno de los miembros de su raza, proyectó su conciencia sobre el cometa. Descubrió que estaba habitado por extraños seres. Intentaron leer sus pensamientos, pero fue inútil, era como tratar de leer bloques de hielo. Sin embargo, aquí y allá pequeños fragmentos de recuerdos y de algo parecido a los sueños se filtraban, permitiendo la composición de una imagen de las criaturas, que los europeos comenzaron a llamar simple e indistintamente recolectores o cometarios.

Tras unir la escasa información recolectada por todos y darle coherencia, Aeneas logró hacerse un esbozo de ellos y de sus bizarras motivaciones.

Los recolectores

La energía de la vida era lo que daba sentido al Universo.

Era tan rara que sólo había aparecido una vez: en el momento de la gran explosión. Cuando todos los elementos del Cosmos se encontraban en su estado más puro, el espacio tenía la consistencia del agua y la única luz provenía del *inicio*. Dicha energía había flotado, lánguida, sobre las violentas reacciones químicas y gravitacionales que ocurrían a su alrededor, que iban transformando los toscos primeros materiales en versiones más complejas y finas de sí, acrecentando poco a poco su velocidad y alejándose unos de otros.

El Universo era muy joven aún cuando los recolectores habían aparecido. Estaban tan cerca del centro del naciente Cosmos que la noche no existía, sólo había retazos de oscuridad entre los enjambres de las calientes estrellas recién formadas. Éstas estaban por doquier, casi se podían tocar entre sí. Por su densidad, las nubes de polvo estelar y gas eran visibles en el espectro de luz, y daban al Universo la apariencia de una ciclópea caverna repleta de tesoros; los nacentes soles semejaban esmeraldas y diamantes incrustados en paredes anaranjadas, aquí y allá conjuntos de estrellas con reflejos ocres formaban montones dorados. No había nada que regulara la física, y el espacio y el tiempo vibraban al unísono como las cuerdas de un violín, formando oscilaciones del tamaño de galaxias, oscilaciones en las que la vida dio origen a formas que no obedecían a las leyes del Universo. En una de tales oscilaciones aparecieron los recolectores. Era imposible saber si habían sido el producto de millones de años de evolución o un capricho instantáneo de la vida. Los recolectores no guardan registro alguno y las formas de vida que los conocen desaparecen. Perciben la luz de las estrellas como algo parecido a un punto un poco más claro que la negrura del espacio. En contraste, para ellos

la energía de la vida era brillante, cálida y despedía una vibración fácilmente identificable. Estaba dispersa por el Universo, dividida en miríadas de fragmentos, alejándose cada vez más de su origen. Sentían su interacción y la sencillez de un mandato quizás emitido por la misma energía: juntarla, hacerla una de nuevo.

Se posara donde se posara la energía, la vida surgía de manera incontenible, así fuera un planeta formado sólo por metales y roca, un asteroide repleto de compuestos orgánicos o incluso un sol, la vida aparecía y comenzaba a adaptarse a su entorno. La mayoría de tales especies no sobrevivía más allá de unos pocos miles de años; siempre había un final, pero, mientras la energía continuara allí, también siempre habría un renacer. Criaturas idénticas o diametralmente diferentes a las extintas, raras, inimaginables, absurdas incluso, todo era posible mientras la energía continuara reposando mansamente en algún punto cercano. Su efecto cubría sin problemas el equivalente a un sistema solar grande, por lo que bastaba que se asentara en algún punto para llenar el sistema completo de vida. Estas formas de vida, frágiles y simples, eran consideradas parasitarias por los recolectores, para ellos eran seres inocuos, nacidos como subproducto, como accidente. Ni siquiera era posible considerarlos lejanamente valiosos. No tenían importancia y su destrucción era como su aparición: intrascendente.

Ellos también se asumían como parásitos y llegado el momento regresarían el valioso obsequio que la energía les había dado.

Los europeos llegaron a una conclusión unánime: nada los detendría en su objetivo.

Caltech

El ingeniero en jefe Douglas Carlson estaba agotado. Llevaban casi dieciocho horas preparando y ajustando delicados instrumentos, pero tan complejos que exigían toda la atención de sus especializados cerebros; tres turnos de técnicos se habían ido a sus casas y regresado, y él continuaba allí, sin dormir, ausentándose únicamente para comer o ir al baño. Confirmó visualmente desde su escritorio que la cafetera tuviera agua caliente y cruzó la sala. Frente a él, la especialista Lindsay Ross revolvía suavemente café y leche en una taza que decía "Propiedad de la NASA". Tarareaba las notas ambientales de un cuarteto de jazz, las cuales se mezclaban con los sonidos electrónicos provenientes de los modernos equipos instalados en aquel piso. Notó que Carlson se acercaba y le sonrió, al jefe se le notaba el cansancio.

—¿Gusta otro café, Doug?

—Sí, gracias. ¿Ya regresaron Dave y Thomas?

—No. ¿Quiere que les marque?

—Hágalo por favor. Ya tardaron una hora en ir a comer, ¿qué más quieren?

La especialista asintió y llenó de agua caliente la taza que Carlson sostenía. Era su favorita, amarilla, con un risueño pintado a cada lado del asa.

—Em, por cierto —carraspeó Lindsay—, las comunicaciones con nuestros colegas de Europa están fuera de línea desde hace varios minutos.

Carlson frunció las cejas y miró a la especialista a los ojos. Ella rehuyó la mirada y le dio un sorbito a su café.

—Eso es bastante raro. Averigüe por qué y solúcelo de inmediato —contestó el ingeniero en jefe alzando la voz un tanto. Le molestaba que le dijeran “Hay un problema” y no “Así resolvimos un problema”.

Se encontraban en el Centro de Ciencias Spitzer, en Pasadena, California. El equipo de once técnicos e ingenieros en sistemas que dirigía Carlson era parte del Laboratorio de Propulsión a Chorro de la NASA. Esperaban la llegada de los datos duros provenientes del Centro de Vuelo Espacial Goddard, ubicado en Maryland. Una vez recibidos, las computadoras del Centro de Ciencias traducirían y archivarían por triplicado el caudal de información científica. La labor de Carlson y su equipo era supervisar este crítico proceso. Cualquier error podría producir graves pérdidas de información científica imposibles de recuperar o evaluar. La pura posibilidad de que ocurriera algo así atormentaba a Carlson, impidiéndole incluso ir a dormir un rato; consideraba que era su exclusiva responsabilidad impedir que el arduo trabajo de los astrónomos se fuera a la basura. Consciente de esto, había formado con los años un equipo de trabajo impecable y era en eventos como el de este día, la aproximación al cometa Ison, cuando salían a relucir sus errores o aciertos al momento de tomar decisiones. Sabía que era imposible exigirles a los demás lo que él daba por amor. Llevaba trabajando en la NASA casi cuarenta años y ahora ya estaba próximo a jubilarse. Había sido nombrado Ingeniero en jefe en 1994, cuando había realizado una destacada labor durante el choque de los restos del cometa Shoemaker-Levy 9 contra Júpiter. Toda una vida de correctas decisiones no se iría por la borda sólo porque alguien no conseguía restablecer las comunicaciones. Quizá fuera el momento de pensar en otra persona para ocupar el cargo de Lindsay.

Plutón

Los tres asteroides previos fueron algo decepcionante: abundaban en ellos los organismos simples, pero no la energía buscada. Los recolectores segaron la vida parasitaria y continuaron. La situación fue por completo diferente con el primer planeta del sistema, uno enano. La superficie poseía una tenue atmósfera de nitrógeno y metano en la que abundaba la vida parasitaria. Una chispa de la energía, del tamaño de un átomo, fluctuaba en el interior de la pequeña luna. El cometa llegó cuando se encontraba por atrás, con relación al Sol, de su luna, casi tan grande como el planeta. Pasó junto a ellos a una distancia relativamente corta en términos espaciales.

Invisible a ojos físicos, la chispa se desprendió del astro y en un nanosegundo ya estaba en el interior del cometa. Un observador en la cercanía hubiera podido ver delgados filamentos salir sin cesar durante un par de horas del planeta enano y dirigirse al cometa, como siguiendo la energía; se desplazaban en lo inmenso del espacio, ondulándose y moviéndose como si una tenue brisa jugara con el humo de una vela apagada. Al llegar a las cercanías del astro viajero, éste los absorbió y continuó su camino.

Alarma

El pánico se apoderó de los europeos. Simplemente no existía lugar alguno donde esconderse. La exploración a profundidad que hicieron de los cuerpos celestes visitados por los cometarios reveló que no quedaba absolutamente ningún tipo de vida en ellos. Ni siquiera muy por debajo del subsuelo. Cada astro era ahora un yermo, un espejismo flotando en el éter. Con los restos orgánicos de los seres que los habitaban, pero sin ninguna actividad que pudiera calificarse como “vida”. No existía nada que se opusiera entre Júpiter, sus lunas y los recolectores. Varios europeos seguían esforzándose en comunicarse con ellos, pero era como intentar dialogar con las piedras del fondo del mar.

Los líderes de los clanes llamaron a una reunión con la esperanza de ponerse de acuerdo ante la amenaza común. El lugar elegido fue la nueva casa de Aeneas y su familia por su ubicación, protegida por la montaña submarina.

Desde el inicio viejas hostilidades fueron tensando el ambiente, provocando violentas peleas y pérdidas de tiempo. Varios clanes se fueron o se disgregaron, quedando sólo aquellos que comenzaban a aceptar que el plan de Aeneas era la única posibilidad real que tenían para sobrevivir. En el ínter, una de las europeanas más resueltas, de nombre Elara, decidió llevar a cabo una prueba para comprobar si era posible.

Durante muchas horas, ella y los padres de Aeneas conversaron mentalmente. Reconociendo y aceptando los peligros, Elara encargó a sus hijos Anker y Dreama con Alcander y Aglaia. Les pidió a todos que pasara lo que pasara intentaran el salto. Era mejor morir así que escondidos temblando de terror. Quedaron de acuerdo en que sólo ellos supieran de la prueba por si no era exitosa.

El día llegó y Elara, junto con otros tres europeos, se prepararon para la travesía. El sitio elegido fue un hueco que llegaba muy cerca de la superficie. El frío era casi insoponible. Los cuatro voluntarios aquietaron sus mentes, percibiendo sus cuerpos y localizando los puntos donde la densidad de los cristales era mayor. En ese momento *ordenaron* a sus células condensarse en esos puntos, al conseguirlo, los puntos brillaron con intensidad y desaparecieron.

Los pioneros habían acordado que se comunicarían en cuanto tuvieran la oportunidad. Al no tener ninguna noticia, el puñado de europeos que sabía de la prueba buscó hasta el cansancio durante mucho tiempo. No los localizaron. El experimento era un fracaso. La angustia se apoderó del reducido grupo. Era imposible.

Aeneas se opuso con vehemencia: estaba comprobado que entre más individuos se unieran para viajar, más lejos y con mayor facilidad lo conseguirían. No tenían alternativas. El plan seguiría adelante con quien quisiera unirse. Su clan decidió apoyarlo y fijaron un momento específico para irse: cuando el cometa dejara atrás la órbita de Saturno. Si no hacía modificaciones a su trayectoria, ése sería el punto sin retorno.

En la Tierra, en lo más profundo del desierto de Rub al-jali, en Arabia Saudita, los cadáveres de Elara y los otros tres europeos se encontraban destrozados sobre las antiguas piedras del páramo.

La comida

La casa de la maestra estaba sobre un terreno nivelado artificialmente, limpio de árboles y plantas; su auto estaba estacionado a un lado de la puerta, como si estuviera listo para salir a toda velocidad en caso de emergencia. Monserrat los recibió con alegría y los invitó a pasar; preparó la comida y pronto estuvieron sentados en el comedor de cuatro sillas. La plática de inmediato versó sobre astronomía.

—¿Qué espera ver con su telescopio, profa? —preguntó Servando, mientras le echaba orégano a su plato de pozole.

—¡Oh! En realidad, nada nuevo. Sabemos desde hace mucho de qué están hechos los cometas, los asteroides y demás cuerpos celestes. A lo mejor les suena tonto, muchachos, pero lo único que quiero es ver un astro que viene de tan lejos y que al parecer nunca había estado aquí. Digo, me encanta observar la Luna y los planetas, pero éste es diferente, viene de las estrellas.

—Eso suena muy bien.

Juventino veía a la maestra con los ojos entrecerrados.

—A ver, no entendí. Según sé los cometas se la pasan dando vueltas alrededor del Sistema Solar, ¿no? ¿Entonces, por qué dice que viene de las estrellas?

La maestra puso tostadas en una bandeja antes de contestar.

—Tienes razón, Juve, los cometas “locales” se llaman así porque son restos de cuando se formó el Sistema Solar y la mayoría están atrapados por la fuerza de gravedad del Sol o de Júpiter, en el caso de este pequeño que veremos no es así: es un objeto que viene vagando desde el espacio,

probablemente de otra estrella, y si no lo atrapa la gravedad de algún planeta o del Sol, seguirá de largo y jamás volverá. En otras palabras, es muy posible que sea la única vez que este objeto sea visto por los seres humanos. Pasará relativamente cerca de la Tierra, pero no tanto para significar un riesgo.

—Me gusta cómo lo platica, profa —comentó Gabriela.

—Oiga, ¿y si fuera un ovni? —soltó Servando, mientras se preparaba una tostada con crema y queso.

La maestra sonrió sin dejar de masticar; echó la cabeza para atrás y se meció ligeramente; parecía un beisbolista a punto de atrapar una bola fácil. Se limpió boca y manos con una servilleta y aprovechó para servirles refresco mientras contestaba.

—Por definición, Servas, eso ya no es posible. ¿Por qué? Pues porque ya sabemos que es un cometa, es decir, ya no es un “objeto volador no identificado”, y si me pongo quisquillosa ni siquiera “vuela”, se desplaza por el espacio. Oh, no hagas esa cara, entiendo lo que quieres decir, pero la lógica también descarta que sea una nave espacial; fue descubierto hace poco, pero lleva muchos años viajando dentro del Sistema Solar, no lo habíamos detectado debido a su tamaño y a que el espacio es inmenso: puedes vigilar un sector diminuto toda la vida, nunca encontrar nada y de pronto, un día, ¡pum!, algo aparece. Éste se hizo famoso porque se descubrió que no es del vecindario y que va a ser posible fotografiarlo desde cerca. Además, si fuera una nave espacial, no hubiera hecho tantas piruetas por efecto de la gravedad de los planetas mayores, que lo movieron a su antojo.

Gabriela tomó la olla del pozole y le sirvió más a Servando, éste abrió la boca para protestar, pero lo pensó mejor.

—¿A qué se refiere, profa? No vaya a pensar que soy tonto, es que no sé mucho de astronomía —dijo Juventino.

—¿Cómo voy a pensar eso? ¡Si eres de los más aplicados! Cuando comencé tampoco sabía, pero fui aprendiendo y me gusta compartirlo. Lo que quise decir es que, según los datos registrados, la gravedad de los planetas desvió el astro, primero acercándolo a algunos y después alejándolo, como le sucedería a una hoja en el mar. Si fuera una nave o algo así, el audaz piloto o la computadora a cargo hubieran evitado eso con facilidad; pero no es así, y el cometa ha soportado enormes presiones gravitatorias, perdiendo masa y velocidad conforme se acerca a nuestro planeta, por eso ha tardado tanto en llegar a estos rumbos. Como si fuera poco, gira para todos lados como si estuviera endemoniado, ¡los *aliens* estarían tan mareados que no sabrían dónde están!

Todos rieron ante la ocurrencia de la maestra. Gabriela iba a agregar algo más, pero calló al ver a Servando reír; la enternecieron los hoyuelos que se le hacían en las mejillas; no pudo contenerse y lo abrazó con fuerza. Aspiró el aroma a algodón que la ropa del chico expelía, combinado con la fragancia del jabón de su piel, y, suspirando, le acarició el cabello. El corte no le gustaba y por eso le había hecho prometer que lo cambiaría. Él accedió mansamente.

Recogieron la mesa y pasaron a la sala. La maestra fue por su *laptop*. Los muchachos, mientras tanto, admiraron las fotos de la maestra. No sólo había del espacio, también de viajes que había realizado a Europa y a Estados Unidos varios años atrás. Diversos recuerdos de viaje parecían saludarlos desde un anaquel, como si de pequeños embajadores se tratara: frascos de arena de diversas playas, llaveros, ceniceros y diminutas representaciones artísticas daban testimonio de las andanzas de la maestra. Sobre una mesa junto a una ventana, tapado por una tela blanca, se encontraba el sofis-

ticado telescopio que Monserrat había comprado en California. En la pared opuesta a la ventana estaba empotrada una televisión inteligente y a sus costados había librerías repletas. Leyeron los títulos de los lomos. Había libros de Sagan, Copérnico, Hawkins, Neri Velay y Gordon, entre muchos otros. Monserrat regresó sonriente, sincronizó su *laptop* con la televisión y al instante apareció su escritorio virtual, repleto de accesos directos a sitios *web* de la NASA, la Agencia Espacial Europea, el Observatorio Nacional de México, el Instituto Nacional de Astrofísica, Óptica y Electrónica y también el Gran Telescopio Milimétrico Alfonso Serrano, ubicado en Atzinzintla, Puebla. Tras hacer esto, Servando y la maestra subieron con mucho cuidado el telescopio a la azotea de la casa, lo colocaron en una mesa de madera de gruesas patas y lo encendieron. Automáticamente, gracias a sus servomotores, el aparato se irguió, se conectó a la señal de wifi y buscó sus coordenadas actuales; localizó su astro base, la Luna, alargó el tubo del objetivo hasta obtener la mejor definición y comenzó a transmitir. En la pantalla de la sala, el satélite apareció tan enorme y nítido que Gaby y Juventino se quedaron largo rato mirando, sin atreverse a moverse; les parecía que estaban observando a través de una ventana directamente el astro. Monserrat y su improvisado auxiliar se unieron a ellos. La maestra les enseñó a utilizar los controles digitales del telescopio, los cuales eran bastante amigables y pronto los dominaron. Las primeras estrellas comenzaron a aparecer en el cielo de la tarde y los chicos dirigían el aparato a una tras otra. Monserrat parecía saber todo y los llenaba de datos sobre distancias relativas, nombres de constelaciones y fechas importantes para la astronomía.

Huida

Había llegado el momento. Los planetas previos habían sido despojados de sus formas de vida y era el turno de Júpiter. Los líderes de los diferentes clanes de europeos acordaron encontrarse, junto con sus familias, en un punto específico de la pequeña luna. Ahora estaban todos reunidos. Ningún registro de una reunión igual existía en sus archivos genéticos. La visión de miles de enormes seres formados en diferentes capas era estremecedora. Aeneas y Neola, quien estaba próxima a dar a luz, y su clan, al frente de todos, junto a Urión y los demás líderes, organizaban algo nunca antes imaginado: el éxodo. Todos estaban conscientes de que quizá no funcionaría y de que, en caso de que sí, el resultado sería impredecible. Aunque irse era la última opción para toda la raza, muchos individuos todavía abrigaban la esperanza de que fuera innecesario y se ocultaron en cavernas cercanas a sus respectivos volcanes, a la espera de que pasara todo. Ningún europeo intentaría hacer el desplazamiento en contra de su voluntad: era decisión de cada uno. Aeneas confiaba en el éxito, y transmitía esta confianza a la gran mayoría, pues era admirado por todos. Sus intrépidas exploraciones mentales lo habían hecho famoso. Todos apuntaban su nariz hacia un punto en el techo congelado del mar. Tras ese punto, a 750 millones de kilómetros, se encontraba el destino de la raza de los europeos: la Tierra.

Aeneas se situó delante de todos y apuntó su nariz también al punto deseado. En cuestión de segundos se encontró inmerso en una profunda concentración. Vislumbró los mares terrestres, las olas y el punto exacto de su llegada. Su mente comenzó a emitir una vibración enorme, como nunca en su vida. Era tan intensa que todos los europeos la percibían y ajustaban sus propias ondas a la de Aeneas. Pronto, éstas se propagaron por todos lados, como un maremoto, asustando a los depredadores y a cuanta criatura

que también la percibiera. Aeneas recibió la fuerza de todas esas mentes vibrando a la vez y no tuvo duda. Un último pensamiento de adiós a su hogar, uno, dos, tres segundos y le soltó el freno a su voluntad, ésta se disparó como un bólido hacia la esperanza: el planeta Tierra. Los europeos se disolvieron en una nube luminosa.

Accidente

Heleentje van der Wissel se encontraba sentada en una playa de la isla de Agat. A su lado, Alfredo, nativo de esa isla, de origen chamorro, le hizo un ademán de despedida.

—Buenas noche’, Heleentje.

—*Asta agupa’, amego.*

La holandesa miró al muchacho mientras se iba en su bicicleta. Era el encargado del único café internet con conexión decente de la isla y últimamente casi la única persona con quien platicaba. Su vida había sufrido un vuelco casi cinco años atrás; su forma de verla fue borrada y reconstruida de golpe, y semejante proceso dejó secuelas en todo su ser. Ahora, aquí, se encontraba como en ese entonces, mirando el atardecer en una isla en el archipiélago de Las Marianas. El Sol se ponía con pereza, bostezando antes de echarse encima la cobija del horizonte. La brisa olía a fruta; acarreaba el aroma fresco desde las islas cercanas. Heleentje se frotó las largas cicatrices de la mano izquierda y el antebrazo derecho, le dolían a veces, con punzadas intensas, que parecían liberar de sus celdas los recuerdos reprimidos, permitiendo volver a vivirlos, como si fuera la primera vez. Como si todo ocurriera de nuevo.

Cinco años antes, con un cigarro en una mano y un vaso de ron en la otra, observaba las estrellas como cada tarde. Lo hacía desde el Diepblauw, su propio yate. Ignoraba cuántas veces en su vida había realizado ese sencillo acto, ver el atardecer y el amanecer en el mar, pero cada ocasión le parecía hermosa y nueva, y dejaba una profunda impronta en ella. Era una aventurera que ya había recorrido todos los mares por arriba y por abajo, con múltiples cicatrices, amigos y experiencias como prueba de sus andanzas. Escuchaba a Tom

Waits una y otra vez, algo que hubiera sido imposible en el barco de la Universidad Nacional de Australia, disfrutando intensamente cada bocanada de cigarro y cada trago de ron. Se encontraba a pocas millas náuticas de Rota, una isla del archipiélago de Las Marianas. El Howard Florey, siguiendo su itinerario, se encontraba anclado cerca de la isla de Guam, a unos setenta kilómetros. Heleentje encontraba demasiado ruidoso Guam, con su confusa mezcla de influencias nativas, japonesas, austronesias y españolas, sin mencionar el chamorro, una mezcla de todos los idiomas presentes y el español; semejante híbrido era el idioma principal de sólo una minoría, pero conocido en todas partes. En Rota bastaba con un poco de inglés para entenderse con los habitantes. Se quedó dormida después de ubicar en el cielo austral a Sirio, Hydra, Rigel y Fomalhaut, para después, ya con los ojos semicerrados, localizar su estrella favorita: Sculptor. Las suaves olas la mecieron y entró en un sueño profundo. Una boya lejana proporcionaba la única muestra de sonido humano. La Luna recorrió gran parte del cielo austral con su corte de estrellas. Una serie de destellos incoloros iluminaron una gran área cercana al Diepblauw, sacando de su sueño a Heleentje. Ebria, confundida, se levantó sin saber bien por qué. Agarró un antiguo arpón que guardaba como recuerdo de un viaje y salió del puente del yate. Buscó con la mirada mientras escuchaba con atención. Los destellos aparecieron de nuevo. Heleentje se quedó boquiabierta. Parecían relámpagos, pero con el cielo limpio de nubes, esto era algo imposible. Provenían de más arriba. La piel de la holandesa se erizó; la temperatura había descendido en picada y sobre el mar se formaron capas de hielo, próximo a congelarse. Su aliento a ron era ahora visible con claridad. En un solo movimiento, soltó el arpón, metió un pie en el puente, tomó la radio y una cámara digital y corrió hacia la proa. En dos segundos pasó de guerrera a científica. Un sonido extrañamente familiar, pero a un volumen altísimo, taladró sus oídos, haciéndola tropezar y caer. Miró de nuevo hacia el

cielo. Una nube de finos puntos brillantes había aparecido a aproximadamente cien metros de altura. Su mente, educada y experimentada, descartó, en milésimas de segundo, posibilidad tras posibilidad y pronto se sintió como un jugador de póquer al que ya no le quedaban cartas. Más nubes brillantes parecían formarse a diferentes alturas y profundidades en el mar, como pudo constatar al mirar por la borda. El frío ahora era insoportable, glacial. Heleentje jadeó al darse cuenta de que cada nube luminosa tenía una silueta que se definía mejor segundo a segundo. Eran ¿ballenas?, ¡pero del tamaño de un barco! Se materializaban por docenas, por cientos. ¡Y una estaba cayendo directamente hacia ella! Ya muchas veces antes la holandesa se había hallado en situaciones peligrosas; sus bien entrenados reflejos la salvaron una vez más. Saltó por la borda un segundo antes de que la inmensa mole cayera sobre el Diepblauw, destruyéndolo por completo. En la oscuridad, Heleentje nadó frenéticamente en la helada agua, alejándose del gigantesco ser (¡eso era, sin duda!) que se retorció con brutalidad, salpicando miles de galones de agua con sus salvajes movimientos. Más criaturas comenzaron a caer por todos lados y Heleentje dejó de razonar para convertirse en un animal aterrado que trataba de huir de lo incomprensible, pero sus músculos dejaron de obedecer, engarrotados debido al intenso frío. No supo qué tan cerca de ella cayó otro de los seres; sólo sintió como si una ola enorme la levantara para arrojarla con furia contra algo sólido. La holandesa perdió el conocimiento, presa del pánico y el dolor.

Heleentje despertó. Sentía la boca llena de sal y la garganta le ardía como si hubiera comido fuego. Sus brazos no le respondían, flotaba boca abajo sobre una tabla o algo similar y con gran esfuerzo trató de enderezar la cabeza. Grandes mocos de sangre semicoagulada escurrieron de su boca y nariz. La luz de la mañana permitía contemplar una de las escenas más violentas de la naturaleza. Por todos lados, y

hasta donde alcanzaba la vista, restos de los descomunales seres que habían *llovido* sobre el mar se encontraban esparcidos. La holandesa tuvo la extraña sensación de estar en un perol en el que preparaban *erwtensoeep*, la tradicional sopa que ofrecía su abuela los días festivos. Las aves marinas sobrevolaban en enormes parvadas sobre los despojos; ni siquiera competían entre sí, ni con los peces o los tiburones, porque había muchos trozos enormes de carne flotando. Al recuperar la conciencia, la bióloga gritó por el intenso dolor de sus brazos. El codo le punzaba tanto que seguramente estaría fracturado. La fractura de la mano derecha era más que evidente: se hallaba expuesta. Apretó los dientes, pero su boca era también un portal de dolor y escupió mucha más sangre. Resopló y consiguió voltearse sobre su espalda, que le preocupaba. Pero al parecer no tenía problemas ni con ella ni con sus piernas. Al hacerlo, notó sobre qué flotaba y su valor se quebró. Lloró a gritos. Reconoció el trozo de madera en el que se encontraba como perteneciente al Diepblauw, su yate destruido. El nombre significaba “Azul profundo” y era una referencia a los ojos de su padre, no al mar, como la mayoría pensaba. La bióloga había llevado a su padre a todos lados durante sus últimos años de vida, murió en el mar y ella lo entregó al océano, sola. Gimió al pensar que, de algún modo, el yate la había salvado como regalo de despedida. Todo comenzó a girar con rapidez y el vértigo la hizo vomitar sobre sí misma. Un extraño pensamiento casi la hizo reír antes de perder el conocimiento: en español, el nombre de la isla cercana, Rota, significa “quebrada”, “partida en dos”, y justo así se sentía, rota por completo. Una docena de pequeños barcos pesqueros se acercaban, atraídos por la inusual actividad. Encontraron a Heleentje desmayada sobre los restos del yate y la llevaron de urgencia a Songsong, único lugar de Rota con servicios médicos.

Despertó dos días después. Con ambos brazos enyesados y sin algunos dientes.

—No le fue tan mal —dijo, con una sonrisa profesional, el médico cirujano de la isla de Guam traído a toda prisa a Songsong.

Sus colegas de la Universidad de Australia la visitaron, llenando la habitación de flores y globos de cumpleaños, pues no habían encontrado otro diseño en toda la isla. Ella les agradeció lo mejor que pudo, su boca dolía tan sólo con hablar. El capitán del barco, Bryce McCullough, le comunicó que había sido comisionado para cuidar de su salud mientras estuviera en tierra. Luego la tripulación regresó a bordo del Howard Florey, dispuesta a continuar investigando el extraño suceso del que todo el Pacífico hablaba: una batalla campal entre ballenas con el resultado de varias criaturas muertas, un yate destruido y una persona herida, ella. Heleentje no alcanzaba a entender cómo llegaron a tal conclusión, pero suponía que debido a la oscuridad y a la falta de pruebas físicas fue sencillamente lo que se les ocurrió. Al parecer, la densidad de los restos de las criaturas era extrañamente alta, hundándose rápidamente e impidiendo tomar muestras de tejido blando. Lo que podía flotar, los peces y las aves ya lo habían consumido. Sólo sangre y algunos fluidos fueron recuperados por los científicos del barco, dejando en claro de inmediato que las criaturas eran, cuando menos, inusuales. Un par de medios locales se interesaron por la holandesa. Trataban de corroborar con alguien confiable la rarísima historia contada por los pescadores sobre una pelea marina a gran escala. Heleentje se negó a conceder entrevistas. Le pidió al capitán que emitiera un comunicado en el que ella aseguraba no saber nada del suceso; su yate había chocado con algo y se había hundido. Punto.

La bióloga no había querido provocar en los demás el mismo sórdido temor que sentía todavía... cinco años después, estrujándole el estómago: seres enormes habían llegado del cielo.

Renacimiento

Aunque toda su vida había viajado por el vacío, Aeneas nunca lo había experimentado en la piel. Era aterrador. Y más al darse cuenta de que estaba cayendo rápidamente en él.

Su mente era un caos, extrañas sensaciones lo envolvían e impedían que entendiera qué ocurría. Chocó con el mar y todo su cuerpo crujió. El agua era ligera pero insoportable, estaba muy caliente y escocía. Intentó nadar a mayor profundidad, pero su cuerpo no respondía. Se hundía con lentitud y sin control. Los organismos simbioses se desprendían de su piel, muertos, aplastados por el choque con el agua o incapaces de soportar el cambio de ambiente. Descendió durante varios minutos, pero no parecía haber diferencia alguna de temperatura y tuvo la certeza de que moriría. Antes de perder el conocimiento sintió un ligero tirón en su aleta caudal, y después nada.

Su percepción regresó a toda su capacidad. Se sentía ligero, con mucha energía, casi eufórico. El agua era mucho más fría y densa, aunque todavía escocía su piel. La presión también había aumentado, acercándose a la de su hábitat natural, allá, en la luna Europa. En cuanto recordó su hogar, utilizó su conciencia para buscar a sus semejantes. Su mente se expandió con rapidez, abarcando un área inmensa en pocos segundos. Se percató de que sus dones naturales habían aumentado tras el viaje. Lo embargaba una alegría inmensa al comprobar que el viaje había sido un éxito. Una sensación de poder absoluto lo llenaba. Su conjunto de razones se petrificó al percibir los cadáveres de cientos de europeos a diferentes profundidades siendo devorados por las criaturas del mar, otros agonizando sin posibilidad de salvación; unos pocos estaban como él, escondidos en el fondo de una grieta marina gigantesca. Por más que se esforzaba no lograba localizar a todos, faltaban muchísimos

y tuvo la esperanza de que hubieran sobrevivido. No podía percibir ni a sus padres, ni a Neola o al bebé, ni tampoco a sus hermanos. Una sensación terrible lo invadió. Quizá sólo ellos, los que estuvieron físicamente más cerca de él al momento de desplazarse, fueron los únicos que llegaron. No podía ser así. No debía ser así. En la grieta había varios, era verdad, pero tan apretujados unos con otros que no podía saber bien cuántos eran. De todos modos, no eran ni la cuarta parte del total. El éxodo había sido un fracaso. Una idea lo detuvo. Quizá los que faltaban estuvieran todavía en Europa, era probable que sus habilidades no hubieran alcanzado para guiar a todos y se quedaran allá. Se concentró y comenzó a explorar con su conciencia en busca de su antiguo hogar; lo interrumpían pensamientos sobre regresar y ayudar a los que se habían quedado, pero ahora ya sabía mejor cómo prepararse, cómo apuntar mejor su percepción. Ahora sería un éxito total. Encontró Júpiter y de inmediato sus lunas, percibió Europa y la barrió con todos sus sentidos. Los europeos que habían decidido quedarse eran los únicos que estaban allí. Permanecían en sus cuevas de hielo, saliendo rápidamente a cazar gusanos o cualquier cosa que pudieran encontrar. No había ni rastro de los demás. Su mente se embotó y regresó a su cuerpo. No acertaba a pensar qué hacer. Tenía hambre, calor y el terror de haber cometido un error de proporciones gigantescas. Un error del tamaño de una raza entera. Un pensamiento de llamado llegó a él: cerca de donde estaba había tres machos y tres hembras; movió sus poderosas aletas y nadó a gran velocidad en su dirección. Una de las hembras era Pegasia, su hermana.

Convicción

—¿Entonces no cree en los extraterrestres, maestra? —preguntó Gaby.

—¡Oh, ja ja! ¡No he dicho eso! ¿Cómo te lo planteo? Lo que quiero es que se den cuenta de lo frágiles que somos: un pequeño cambio en la altitud, en nuestra dieta o en el clima, y enfermamos. Somos frágiles hasta lo ridículo. Los animales no se diga, por más soberbia que sea su adaptación a determinado ambiente. Ejemplos toscos: saca a un delfín del agua y muere. Pon a una mariposa en un lugar frío y muere. Coloca un oyamel en el desierto y muere. Otra cosa que tenemos en común con estos seres es que no podemos comunicarnos con ellos o entenderlos, si es que poseen conciencia o algún modo de comunicarse. Y todos éstos son organismos basados en el carbono, que viven en la Tierra, que utilizan oxígeno, que les afecta la gravedad, ¡como a nosotros! Imaginen ahora a criaturas que estén hechas de metano, o de hidrógeno, o de cualquier otro componente, incluso plasma. ¿Cómo comunicarse con ellas? ¿Cómo saber que están vivas? Ahora el tiempo, ¿hace cuánto se extinguieron los dinosaurios? Entre 60 y 65 millones de años, eso es la eternidad para nosotros, pero para el planeta y el espacio son apenas unos instantes. En ese mismo tiempo millones de especies han aparecido y desaparecido del planeta sin que siquiera lo sepamos. ¡Imaginen eso en los cientos de exoplanetas que ahora sabemos que existen! Yo creo que el Universo rebosa de vida, pero que por la distancia y el tiempo que median entre ellos y nosotros, no la hemos encontrado y lo más probable es que, por las mismas causas, nunca lo hagamos. Quizá nosotros, los seres humanos, ya somos de lo último que apareció y que esos extraterrestres ya se hayan extinguido. Quizá sólo seamos como una hierba medio seca, que brotó de una maceta en una casa de una ciudad abandonada.

Los muchachos habían volteado y la miraban confundidos.
—Oh. ¡No me miren así, niños! No estoy loca, ja ja. Iré por un café.

—Sabe muchas cosas la maestra —dijo Servando cuando Monserrat se fue—. En la azotea me enseñó una maceta con un cactus, se me hace que de ahí sacó la frasecita esa de la extinción.

—Bueno, pues yo de grande quiero ser como ella —dijo Juventino.

Impasse

Después del accidente, y durante casi un año, Heleentje cayó en una depresión que paralizó su trabajo y su vida diaria dedicada al estudio. Mientras estuvo enyesada vivió en Guam, en el departamento de uno de sus colegas que amablemente lo puso a su disposición, pero luego regresó a Holanda, a terminar de recuperarse y a resolver diversos asuntos. No tuvo problemas con los seguros médicos, por fortuna, pero con el seguro del yate fue diferente y se enzarzó en una batalla legal para reclamar su pago, contratando incluso a un abogado. El pago llegaría dos años después, pero, claro, dicho representante legal se llevaría del mismo la tercera parte. Eso más las terapias de rehabilitación de sus brazos, la colocación de las dolorosas prótesis dentales, la mezcla de lástima con curiosidad que sus conocidos le prodigaban sin darse cuenta, todo junto, provocaron en la holandesa un abatimiento que se profundizó al reconocer y aceptar que había tenido contacto con seres de fuera de este mundo. “Y lo único que hice fue tratar de huir como un animal”, resonaba una y otra vez en su mente, cuando retiraban los clavos de su mano derecha o cuando colocaban los puentes en sus dientes.

Sus diferentes mecenas le avisaron que habían decidido colocar la investigación (su investigación) bajo la dirección de otra persona mientras ella se recuperaba. No había tomado fotos, videos o muestras que pudieran corroborar su historia en caso de que quisiera contarla, y de hacerlo, la gente no dudaría que estaba loca o que trataba de resolver su vida colocándose en la dudosa nómina de quienes esparcen rumores sin fundamentos comprobables: los seudocientíficos. En suma, al cabo de unos meses se encontraba en un *impasse*. El dinero, el dolor, las cosas materiales, e incluso su trabajo, no la hacían llorar de frustración como la certeza de haber perdido la gran oportunidad en el momento del arribo de los seres.

Si es que habían “arribado”.

A menudo esa misma idea la adentraba en profundas reflexiones que duraban horas, pero siempre llegaba a la misma conclusión: seres de ese tamaño o forma jamás habían sido descritos, ni por la ciencia ni por otras fuentes. Su forma básica y, en especial, el hecho de haberlos visto moverse bajo el agua, como peces, la convencieron de que se trataba de titánicos seres y no de objetos. Su mente, que siempre tendía a racionalizarlo todo, ahora se encontraba divagando, imaginando. Esas criaturas podrían estar en cualquier lugar del mundo y únicamente era posible seguirles la pista con recursos científicos y económicos más allá de las capacidades de cualquier institución. Sólo una alianza de gobiernos podría llevar a cabo tal empresa. Quizá la OTAN. El problema era que jamás les interesaría sin pruebas que la respaldasen y... ¿la OTAN? ¡Cielos! ¿En qué demonios estaba pensando?

Se encontraba en la antigua casa familiar de los Van der Wissel, en las afueras de Ámsterdam, cerca de la costa. Allí había transcurrido su niñez y juventud. La propiedad era habitada por dos de sus primos, pero sólo en determinadas épocas del año. Dos siglos antes, Geerlach, su antepasado, había partido de ese puerto a los doce años en un barco mercante, en calidad más de esclavo que de grumete o aprendiz. Cincuenta años después era capitán de su propio barco, barón, explorador, conquistador y más. De allí, también, a los veinticinco Heleentje había partido con una carrera terminada, un yate propio y varias ofertas de trabajo. Veinte años después no tenía nada. Nada tangible, nada que se pudiera cuantificar. Poseía una experiencia y un conocimiento de campo inigualable, contactos en todo el mundo y una investigación importantísima en curso.

Ah, y una historia increíble, más importante y más valiosa por sus posibles repercusiones que cualquier atolón o

archipiélago o isla del mundo. La historia del contacto con seres que se desplazaban a voluntad por el cielo y el agua. Los extremófilos de los extremófilos.

La lluvia era tan abundante que la casa parecía estar bajo el mar. De joven se había sentido orgullosa de vivir allí. Ahora era como una jaula. Observó la pila de correspondencia que tenía sobre una mesita, sólo había abierto una de las cartas, hecha de papel de arroz y con fina caligrafía. La dejó después de leerla sin interés. Se sirvió una copa de coñac. Un pensamiento afloró en su mente, como una fruta madura que estuviera escondida tras un follaje de tristeza. ¿Por qué seres de tal constitución habían llegado precisamente a ese lugar? ¿Qué podría haber allí que no hubiera en otro punto de los mares? Seguramente tales criaturas no habían caído allí sólo para destruir su yate y su vida. Tenía que haber más. La frazada con la que cubría sus hombros resbaló y por poco también la copa de coñac que sostenía. La fosa de Las Marianas: el abismo Challenger. Eran lugares únicos en el mundo. Ella misma estaba allí por esa razón. Había visto cuando algunos de esos seres se sumergían con desesperación, a toda velocidad. Nadie más los había visto desde entonces, ni siquiera los barcos o submarinos de investigación que siempre merodeaban por la zona. Al fondo de la amplia biblioteca, dedicada a libros que trataban sobre el mar, se encontraba un espejo de cuerpo entero que, según la leyenda familiar, había sido adquirido por el mismísimo Geerlach. Se paró frente al bello trabajo de platería y se observó de manera escrutadora. El viaje de investigación más próximo en el que podría participar, dentro de dos años, sería uno que proyectaba efectuar un descenso al abismo marino, y ella estaría allí. Ella descubriría todo el misterio.

Posibilidades

Llevaban millones de años viajando desde otra estrella en el cometa que los seres humanos denominaban Ison, en un estado parecido al coma. Mucho antes de acercarse al Sistema Solar su percepción había despertado. Sus pieles estaban cubiertas de hielo amarillento de varios metros de grosor, formado por polvo, amoníaco y metano; un ligero estremecimiento y el hielo se fracturó, saltando en pedazos. Sus cuerpos se desenroscaron y sus cientos de apéndices se desplegaron en todas direcciones. Un brillo crudo, eléctrico, los envolvió por completo. Descubrieron de inmediato que faltaban un par de ellos, pero no era algo extraño; la destrucción durante el viaje es muy posible y no se podía hacer nada al respecto. Sobre una enorme explanada natural del astro, los seres comenzaron a moverse. El cometa giraba rápidamente y sin cesar en muchas trayectorias elípticas, todas diferentes, provocando que las estrellas parecieran moverse caóticamente a gran velocidad. Esto no molestaba en absoluto a las criaturas, no poseían ningún sentido parecido a la vista o al equilibrio.

Hacía muchos años que habían dejado atrás al gigante gaseoso y se acercaban a otro planeta, uno más prometedor; la tibieza de la energía era fácilmente identificable, pero al parecer estaba oculta por debajo de la superficie del astro. No importaba. La atracción que ellos ejercían sobre la energía era imposible de resistir, aun si estuviera en el centro del planeta. Los seres mantenían sus extremidades desplegadas, ejerciendo ya, desde una distancia tan grande, su influencia sobre la energía buscada.

Una de las criaturas aflojó sus apéndices, su brillo se apagó y comenzó a flotar sin control, su cuerpo se iluminó vivamente y explotó; sus restos de inmediato se desintegraron entre intensas luces hasta que no quedaron ni moléculas.

Los demás seres ni siquiera se movieron. Había ocurrido muchas veces. Era el entrelazamiento cuántico. En el principio, y al igual que todos ellos, esa misma criatura había aparecido muchas veces y cada una de esas posibilidades o ecos había partido a todos los rincones del Universo en busca de la energía, ahora una de esas posibilidades había sido destruida, provocando una reacción en cadena en todos sus ecos. Estos seres no eran clones, no había un “original”. Se asemejaban más a partículas subatómicas fluyendo en interacciones cuánticas. De igual forma, si alguna de las criaturas del cometa o todas resultaban destruidas, sus ecos, allá donde se encontraran, sufrirían la misma suerte instantáneamente, sin importar que estuvieran del otro lado del Universo. Era imposible saber qué había ocurrido con el ser que recientemente se había desintegrado: podía haber sido víctima de la explosión de una supernova, el choque con otro astro o, incluso, un arma defensiva, artificial o biológica. La vida parasitaria llegaba, a veces, a tener desarrollos materiales muy complejos y trataba de oponerse a la recolección. Era inútil. Antes o después llegarían otros recolectores.

Resultados

La falta de pistas era como una piedra sobre la cabeza de Heleentje. Durante el transcurso de sus investigaciones pasadas, años atrás, ella y su equipo habían desplegado sensores en el fondo del océano, cerca del abismo Challenger: continuaban activos y enviando datos, pero prácticamente ninguna información recibida era útil para sus actuales propósitos. Un eco lejano, extrañas feromonas disueltas en algún lugar, imágenes en infrarrojo sin explicación, cambios de temperatura fugaces, nada que pudiera ser ligado a los seres buscados. Una de las cosas que más molestaban a Heleentje era la rapidez con que se habían dado las cosas. No había tenido tiempo de nada. En ocasiones trataba de recordar lo más posible todo aquello, se concentraba al máximo y llegaba a un punto en el que podía revisar cada escena de lo sucedido, como un video. Los *flashes*, la oscuridad, el frío, hasta allí todo bien; luego, de nuevo las luces, la caída sobre el yate y a partir de ese momento todo se volvía caótico: el agua helada, los brutales golpes, el intenso sabor a sal en su boca, la negrura que había invadido todo, y luego nada. Un suave sopor la tenía en un estado cercano al sueño, pero lúcida. Escuchaba un grupo australiano casi desconocido, que interpretaba fusión étnica y que sólo tocaba con un didyridú, un aulós y un sintetizador. Los oía con enorme placer mientras revivía las sensaciones de frío, del sabor salino en su boca y el aroma a piedra molida. Había algo más por allí. La canción que escuchaba llegó a un punto en el que todos los músicos tocaban una larga nota grave *in crescendo*, logrando un sonido curioso, casi orgánico. Un recuerdo brotó, entonces, como el corcho de una botella que escapa de un barco hundido; un sonido atronador llenaba cada momento de sus recuerdos, tan fuerte que le daba la impresión de estar sorda, de que el video de sus memorias no tenía sonido; pero era lo contrario: el volumen que había escuchado en aquella ocasión fue tan alto que simplemente

su oído no alcanzó a procesarlo por completo. Pero allí estaba ahora. Horrísimo, pero familiar, conocido. Una serie de notas acústicas fáciles de reconocer, pero a un volumen monstruoso. Eran cantos. Como los de las ballenas o de los delfines. Cantos que permitían contemplar la posibilidad de que los individuos que los emitían fueran tan inteligentes como para haber desarrollado un lenguaje y una sociedad sofisticada gracias a él.

Al tener ahora una referencia casera no pudo evitar que gruesas lágrimas resbalaran de sus ojos; eran la síntesis de poderosos sentimientos agitándose en su pecho. Deseaba tener a alguien con quien hablar, alguien que no perteneciera a su profesión, a una persona que la escuchara y pudiera entender el miedo y la pequeñez que sentía ahora al contemplar en conjunto el mar y las estrellas. Se restregó los ojos con fuerza y en un impulso buscó en el celular los correos archivados. Eran miles. Buscó, entonces, por nombre: Monserrat Islas, el último correo de su antigua amiga era de un par de años atrás y no se había tomado la molestia de contestarlo. Se sintió consternada; debió haberlo pasado por alto debido al volumen de trabajo. En la misiva, Monserrat la felicitaba por sus investigaciones y la invitaba a visitarla. La holandesa no pudo evitar sonreír con afecto al recordar a la menuda maestra de aquel país que le resultaba tan misterioso y al que tenía muchas ganas de conocer.

Pensó en hablarle de inmediato por teléfono, en decirle que sí, que la visitaría y que conocería su amado volcán y todas esas maravillosas zonas arqueológicas de las que le había hablado, que quizá compraría una vivienda pequeña y se quedaría a vivir allí, lejos del mar y de todo lo que entrañaba; que esperaba que las aguas termales que le había descrito en otras cartas le quitaran los dolores de los brazos y la angustia del pecho; que el tequila la haría bailar y gritar, y platicar hasta el amanecer, un amanecer lleno de árboles y

volcanes, de tierra firme, de estrellas nuevas y alegre música. Tomó el teléfono y comenzó a marcar el antiguo número que le había mandado, estaba a punto de presionar el botón de “llamar” cuando se dio cuenta de que no tenía una fecha aproximada que darle ni la certeza de saber qué ocurriría. Que quizá pasarían años. O que incluso podría no sobrevivir, como casi le había ocurrido. Ninguna posibilidad era descartable, como tampoco lo era el seguir adelante. Apagó el teléfono y la grabadora. Se sirvió un generoso vaso de ron y guardó su ensoñación en la sección de los “quizá”.

Noticias

En el ala sur del edificio del Caltech se encontraba un patio de operaciones auxiliares. En éste, una veintena de personas de los servicios de limpieza esperaban a que el evento cósmico concluyera. Tenían prohibido realizar cualquier tarea mientras los astrónomos estuvieran ocupados, así que disfrutaban de un turno tranquilo. Algunos platicaban, otros fumaban con calma sentados en el pasto y varios de ellos observaban con interés las noticias en una televisión pequeña. Del otro lado del mundo, en Rusia y Medio Oriente, sucedían cosas extrañas: se informaba de la pérdida completa de comunicación con gran cantidad de lugares; perturbados testigos hablaban acerca de enormes grupos de personas que actuaban de forma histérica sin motivo alguno, pero sobre todo se reportaba la presencia de una especie de bruma muy fina cubriendo el cielo. Uno de los técnicos intentó cambiar de canal para sintonizar un partido de fútbol, pero ante las protestas del grupo, regresó la señal al canal de noticias, para beneplácito de todos.

Formas confusas entre la Luna y nosotros

El camino de la investigación de Heleentje estaba siendo difícil y lleno de baches, pero también había tenido frutos inesperados. Los pescadores habían recolectado restos que la marea llevó a las playas, pero como no les parecieron más que raros, y no habían podido preservarlos adecuadamente, los habían desechado casi de inmediato. Los expertos a bordo del barco habían recogido lo poco que pudieron y lo habían conservado dándole una baja prioridad. Los resultados los enviaban de manera automática a una base de datos a la que tenía acceso Heleentje. Al principio de su convalecencia ella ni siquiera abría los archivos, pero cuando volvió a recuperar la confianza en sí misma comenzó a revisarlos. Los videos y las fotos no mostraban más que materia orgánica en proceso de descomposición, nada especial. Era en los análisis celulares del tejido conjuntivo fibroso y del tejido laxo donde comenzaban las diferencias: no había el más mínimo rastro de adiposidad o grasa, algo inaudito pues no existía nada parecido en el orden de los cetáceos, el cual engloba a las más de ochenta especies de mamíferos euterios, es decir, a todas las ballenas, cachalotes, orcas, delfines, etcétera. Fue al analizar los huesos en los que no sólo ella, sino todo el equipo, entendió que no pertenecían a nada conocido en la naturaleza; los cetáceos tienen tejido graso en los huesos, lo que les ayuda a flotar; en cambio, los analizados estaban mineralizados, no en el sentido del proceso de calcificación conocido por los humanos, sino que literalmente éstos estaban formados por varios componentes minerales nunca antes vistos; entre los conocidos había cristales de enlace covalente, como los de los cuarzos y los diamantes, pero en porcentajes jamás encontrados en seres vivos. La densidad de los tejidos era asombrosa: se hundían como plomo, de tan pesados. Heleentje entendió que ésa era la pista correcta y envió muestras a diferentes laboratorios; de todos había obtenido idéntica respuesta, que

había desencadenado por parte de ellos el mismo huracán de preguntas: ¿dónde o de qué animal había obtenido esto? La holandesa a menudo se preguntaba si existía alguna relación entre los cristales y la aparición de los puntos luminosos que había observado. Pensaba que debía buscar respuestas en diversos campos, no sólo en la biología, así que había enviado muestras del material a expertos en distintas disciplinas, en quienes pudiera depositar su total confianza. Sin embargo, al correr de los meses y ante la falta de conclusiones definitivas, el interés de esas personas decayó. Por esas fechas también le avisaron que la inmersión en la que planeaba participar se había cancelado por diversas causas.

Se encontraba redactando unos documentos cuando recibió una videollamada inesperada. Se trataba de Clemente León, un astrónomo chileno, a quien le había proporcionado los datos necesarios para hacer un “barrido” de la zona del espacio donde se encontraba el planeta, cuando ocurrió el suceso. La señal era buena y pudo notar de inmediato que el astrónomo estaba profundamente emocionado. Mientras hablaban, el chileno mandó fotos tomadas desde el Telescopio Interamericano del Cerro Tololo, ubicado en el desierto de Atacama. Las imágenes eran borrosas en grado sumo. Al ser diseñados para observar a distancias enormes, los telescopios ofrecían una pobre resolución para objetos cercanos. En las fotos aparecía, en el extremo superior izquierdo, la distancia relativa de las coordenadas, unos 250 mil kilómetros, es decir, una distancia menor que la de la trayectoria elíptica de la Luna; se adivinaban, más que verse, infinidad de manchas oscuras tapando el fondo de estrellas. Heleentje sintió un escalofrío al verlas y al escuchar en ese momento a Clemente.

—Así que tenemos esto, amiguita *Elena* —la voz nasal de Clemente León llenaba los auriculares—. La lente muestra que, al momento de tomar estas fotos, en el vacío del espacio, había formas confusas entre la Luna y nosotros.

Fulgores

Aeneas llegó en poco tiempo al sitio donde se encontraban los de su especie. Atravesó una capa de material orgánico y la temperatura descendió todavía más. La oscuridad era absoluta. Los encontró alimentándose de gusanos gigantes que se arremolinaban en el fondo del mar. Era una escena tan común, tan repetida en su natal luna que, por un momento, Aeneas deseó con todo su ser que así fuera, que estuvieran en la lejana luna Europa, que nada hubiera ocurrido, que todo fuera como antes, que incluso la muerte hubiera llegado sin que se dieran cuenta y no hubiera sido necesario que él cargara con la responsabilidad de salvar a su especie. Ahora esa responsabilidad se había convertido en culpa: era un salvador fallido. Los europeos de inmediato se acercaron a él. Emitían sentimientos de miedo y de confusión; habían visto morir a varios de sus congéneres por la caída y no acababan de sobreponerse. Sus organismos sufrían los efectos del brutal cambio de ambiente y muchos estaban enfermos o heridos, después de la caída al mar. Los más viejos discutían, buscando la razón de tan accidentada llegada a la Tierra; una posibilidad se imponía poco a poco a las otras: no todos los europeos habían tenido la fuerza mental suficiente para poder realizar el viaje. La selección natural había hecho el resto. Aeneas no los escuchaba, estaba conmocionado, abrumado; algunos trataban de sacarlo de su sopor, pero era imposible. Sólo cuando su hermana Pegasia salió de entre la multitud y se le acercó, reaccionó. Todos los demás pertenecían a diferentes clanes y buscaban también a sus familias. Pegasia y Aeneas juntaron sus cabezas y vibraron una melodía de felicidad al encontrarse. Después, ella lo puso al tanto de lo que sabía. Al parecer, ellos habían sido de los pocos que se materializaron directamente en el mar, evitando la muerte por impacto que sufrieron los otros. Pegasia se dio cuenta de que faltaban muchos y los buscó. Su hermano mayor, Obelius, se acercaba al abismo

con otro pequeño grupo. Mientras que Aeneas se había enfocado en su lugar de origen, la europea intentó visualizar algo un poco más obvio: el camino hasta allí. Una tristeza voraz se extendió por la conciencia de Pegasia y Aeneas tuvo que salir de su mente, pues lo asustó la fuerza de lo que ella sentía. ¿Padres?, ¿hermanos?, ¿esposa e hijo? Las preguntas sobre sus seres amados caían en Pegasia, que no respondía pues el dolor de las respuestas la acuchillaba. Los demás se habían reunido alrededor de ellos y sufrían del mismo modo. Se concentró y emprendió la búsqueda, aunque intuía lo que hallaría. Su conciencia abandonó la gran masa de agua del planeta y después su atmósfera en tan sólo segundos, localizó el punto relativo que Pegasia le había indicado y allí se dirigió. El más puro sentimiento de tristeza lo invadió. No había enojo o ira en la profunda congoja que llenó cada átomo de su ser. Mucho antes de llegar a la inmensa luna del planeta, cientos de fulgores anaranjados flotaban de manera dispersa en el silencioso vacío. Algunos se cuarteaban y se partían en diminutas piedras que ardían sin fuego por efecto del crudo calor solar. La Tierra eclipsó momentáneamente la luz del astro y pronto adquirieron la apariencia de la roca carbonizada. Pero no eran rocas. Eran los cuerpos de los europeos faltantes. No habían podido completar la travesía, se habían materializado hasta donde se los permitió su fuerza mental, allí, a medio camino de la Tierra y su satélite: petrificados de inmediato, sus restos comenzaban a desintegrarse conforme la brutal fuerza del Sol los consumía. Sin duda, sus padres, hermanos, Neola y el bebé estaban allí, junto a Urión, el líder, y cientos de europeos más.

En el abismo Challenger, Aeneas se desplomaba hasta el fondo del océano.

Emisario

Entre las órbitas de la Tierra y Marte, la fuente de los esperados datos lanzada por la NASA había llegado a sus nuevas coordenadas: era poco más que un panel solar, una unidad de comunicación, media docena de cámaras y una potente computadora: la sonda de Alerta Temprana número 4 se encontraba ya en la ruta del cometa Ison. Una vez que el astro alcanzara la distancia adecuada dispararía sus cámaras de alta resolución en tres intervalos de treinta segundos cada uno; el último sería al alcanzar el punto más cercano al astro, denominado por los astrónomos “Punto de reunión”. Cada intervalo de fotografías sería enviado inmediatamente a la Tierra en un limpio paquete de datos que tardaría doce minutos en llegar. Después, se esperaba que la sonda sobreviviera sin problemas al paso de la cauda y regresara a su órbita original. En Pasadena la expectación aumentaba.

Para Carlson, la lejana estampa del cometa era como las auroras boreales: carentes de otro interés que no fuera científico, puro ruido electromagnético esperando a ser estudiado. Sólo el subjetivo espíritu humano las consideraba “bellas” o “fantasmagóricas”, y les daba una especie de valor decorativo, como si fueran cortinas o pinturas al óleo. No es que Carlson fuera un cínico; para él, la exploración espacial era apasionante, pero creía firmemente que los valiosos, y cada vez más escasos recursos, deberían invertirse en desarrollar los medios para enviar al hombre a las próximas metas: colonizar la Luna y llegar a Marte. No le gustaba que “su” altamente entrenado equipo de especialistas se empleara en misiones como aquella, parecidas a espectáculos de televisión; la ciencia era para los científicos. Lo animaba un poco el hecho de que la información recolectada serviría para que, dentro de medio año, cuando el cometa estuviera más cerca, una sonda japonesa se acercara con la intención de posarse en él y tomara muestras directamente de

la superficie. Ése sí sería un hito en la historia. Suspiró antes de entrar al Centro de Ciencias; sus ideas personales se quedaron afuera y el profesionalismo tomó el control de su mente. Una pantalla mostraba la imagen del astro; parecía poco más que una mancha resaltada en un fondo de estrellas, y eso era lo máximo que los telescopios podían mostrar; pero la sonda, que había sido reubicada a toda prisa, se encontraría a pocos cientos de metros y lograría imágenes considerablemente mejores. Serían impresionantes. Sabía que los “misterios” sobre la composición del cometa se resolverían en los laboratorios tras semanas de exhaustivos análisis; pero, también lo sabía, la espera no le importaba en lo más mínimo a los veteranos astrónomos, quienes ansiaban ver las primeras imágenes de un astro de otra parte del Universo; tal era la expectativa que el cometa Ison había levantado. Para el equipo de Carlson lo más duro había pasado, las unidades de almacenamiento ya estaban programadas y listas para cualquier posible eventualidad, sólo les faltaba efectuar una última revisión de seguridad; el tiránico jefe pronto volvería a ser el afable ingeniero que todavía guardaba lápices y un bloc de notas en el bolsillo de su bata.

Correspondencia

Meses atrás, mientras convalecía, Heleentje estuvo mandando correos o entrevistándose con personas que pudieran darle un apoyo económico para continuar con sus investigaciones. Nadie parecía tener tiempo para ella. Daban fechas lejanas para citas, aducían falta de fondos, de equipo, cambios de administración, etcétera. Lo necesario para desanimar a la holandesa.

Sin embargo, el trabajo en bruto de ella y su equipo, y sus compilaciones esporádicas, no habían sido en balde: al retomarlos, había comprobado que prácticamente ya estaba listo para ser publicado en tres gruesos volúmenes, y en forma de resumen en revistas especializadas.

Ahora que surgían rumores acerca de la próxima publicación de una investigación que había durado más de una década, del extraño accidente de Heleentje y el secretismo alrededor de las insólitas muestras biológicas analizadas en los laboratorios internacionales más prestigiados, a pesar del cual, algunos rumores se habían filtrado, el mundillo académico le prestaba toda su atención. Heleentje y su equipo eran ahora quienes se daban el lujo de ignorar todo y a todos, excepto a la persona, una mujer, con quien la holandesa mantenía correspondencia regular. La única persona representante de un gobierno que había estado siempre al pendiente de ella, preocupándose y ofreciendo ayuda, pese a la constante negativa de la bióloga de llegar a un acuerdo con una nación comunista y las previsibles sanciones que podría acarrearle a ella y a su equipo. Sin embargo, casi sin darse cuenta, las amables cartas que le llegaban, en fino papel de arroz y con perfecta caligrafía, habían provocado que poco a poco comenzara a poner atención a la propaganda del país de origen de su interlocutora, a la cual de algún modo consideraba su amiga.

Una tarde de domingo, después de prepararse un par de sándwiches, se dispuso a ver un rato la televisión. La vieja casona Van der Wissel tenía suaves rastros del aroma de la loción de su padre. Nunca había creído en religiones, fantasmas, horóscopos o dogmas sin fundamento científico, pero la idea *new age* de que los ángeles o arcángeles se comunicaban con los seres humanos usando muchas formas, incluyendo olores o sabores, le parecía inocente, bellamente infantil. Era la única concesión que se permitía en ese sentido: le gustaba imaginar que, por ejemplo, en ese instante un ángel trataba de decirle algo. Encendió la pantalla. Empezaba un documental reciente sobre las enormes inversiones que estaba llevando a cabo China en el campo de las ciencias cuando vio algo que le interesó profundamente y miró el programa completo. Al terminar apagó el aparato. El aroma de la loción era claro, intenso. Una idea se instaló en su mente y regresó a ella una y otra vez durante días, hasta que al fin decidió que ella, sola, no tenía nada que perder; la investigación estaba terminada y faltaban pocos meses para la publicación de los libros. Le envió un correo a su amiga y recibió esa misma tarde una invitación escrita para conocer a la embajadora china en Filipinas.

Odigós

Aeneas percibió la vastedad de su nuevo hogar. Las inmensas planicies de la grieta submarina estaban repletas de alimento; la temperatura, ligeramente mayor a la del abismo, era también producto de la acción volcánica. Dicha diferencia separaba de manera natural el agua, provocando una niebla espesa parecida a la termoclina, que ocultaba la franja que ahora Aeneas y los escasos europeos sobrevivientes ocupaban. Los recuerdos se agolpaban en el cerebro del ahora líder de los europeos: tras el colapso que había sufrido al ver los restos de su clan y de gran parte de su raza orbitando la yema luna del planeta, había decidido morir, desconectando su mente de su pesado cuerpo, y dejándose caer sobre uno de los volcanes submarinos, tal y como los de su raza hacían con los recién nacidos. Un grito desesperado resonó en su mente: era Pegasia llamando su atención sobre algo que se aproximaba. Era otro pequeño grupo de europeos, enfermos, hambrientos; eran los que habían caído a menor altura sobre el mar, estaban dispersos y al ir encontrándose poco a poco habían emprendido el viaje al abismo Challenger. Entre ellos estaba Neola, su pareja. Un asomo de alegría lo tocó momentáneamente, por lo menos ella había sobrevivido, pero no percibía por ningún lado la bolsa amniótica, seguramente habían perdido a su hijo. Aeneas continuó cayendo. El agua hirviendo comenzó a quemarlo, pero nada importaba ya, merecía morir. De atrás de Neola surgió una criatura que nadaba a gran velocidad, era pequeño pero su percepción era excepcional, casi física. Un pensamiento claro y dulce llenó la mente de Aeneas y provocó que detuviera su caída. Era Neola, hablándole.

“Éste es nuestro hijo. Partió junto conmigo, todavía nonato; pero cuando claramente sentí que no lograría llegar a estos mares, que me quedaría a medio camino, su conciencia despertó y terminó de transportarnos hasta aquí a ambos; es un prodigio lo que ha hecho. Se llama Odigós y nació durante el viaje.”

Laniakea

En casa de la maestra Monserrat, Servando leyó las noticias en un breve mensaje de texto de su teléfono: “Caos en Asia, comunicaciones totalmente interrumpidas. Sin respuesta de corresponsales europeos. Presidente hablará por televisión en una hora”.

La era de las noticias sensacionalistas y/o falsas por internet había moldeado la mente de los muchachos y Servando hizo un gesto de fastidio. Si ocurría algo importante ya se enterarían después, si es que en verdad ocurría algo. De tratarse del volcán sonarían alarmas y personal de Protección Civil haría recorridos para informar de las medidas necesarias, aunque, en realidad, se darían cuenta de inmediato de cualquier cosa que hiciera el volcán. Arrojó el teléfono sobre el sofá y se acercó a Gaby, quien estaba absorta mirando un póster.

—¿Qué es esto, amor?—le preguntó Gaby, señalando la imagen, de aproximadamente noventa por sesenta centímetros. Los muchachos se acercaron para mirar con detenimiento. Sobre un fondo negro, miles de filamentos intensamente brillantes parecían converger en una larga trenza que empezaba en la esquina superior izquierda y terminaba en la esquina inferior derecha, con una gruesa ramificación que llegaba al costado derecho del póster, los filamentos también convergían hacia ese lado; daba la impresión de ser alguna especie de ser vivo, quizás una planta marina, o algún tipo de plancton.

—Es un diente de león —aseguró Servando.

—No, mi amor. Es la representación de un ángel —aseguró con candor Gaby—. Ya vi su nombre, está arriba, dice “Laniakea”. —Señaló un pequeño título en la parte alta del póster.

Juventino entrecerró los ojos.

—Como que no me convences, *Grabiela*. Parece más bien, no sé, una bacteria o un microbio.

—¡No me digas así! Odio que me digan así. Ya lo sabes.

—Eso es un mapa, jovencitos. Se trata del supercúmulo de estrellas al que pertenecemos, —la voz de la maestra los obligó a voltear, había regresado con una taza enorme llena de café—. ¿Ven el puntito rojo?

Los adolescentes lo buscaron. Se encontraba en la parte baja de la ramificación derecha, era casi imperceptible, una diminuta mota roja entre incontables filamentos brillantes.

—Somos nosotros.

—¿Nosotros, maestra? Es decir, ¿la Tierra? —preguntó asombrado Juventino.

Monserrat le dio un largo sorbo a su café antes de contestar.

—No, Juve. Ese puntito representa toda nuestra galaxia. Laniakea está formada por más de cien mil galaxias. Se calcula que en el universo detectable hay seis millones de supercúmulos.

—¡No manches! —Juventino se tapó la boca con ambas manos—. ¡Perdón maestra, se me salió!

—No te disculpes, Juve; yo dije exactamente lo mismo cuando vi ese mapa.

El sonido electrónico de un gong los alertó de que el evento estaba por comenzar y se acomodaron para verlo, todavía asombrados de la vastedad del Universo.

La embajadora

La cena en casa de la embajadora Yin Lixue, ubicada en Manila, se convirtió en una amena velada durante la cual Heleentje se sintió como cuando era niña y visitaba la casa de su tía. Una chef les preparó los más sofisticados platillos de la cocina china actual; la holandesa contemplaba hipnotizada la gran habilidad de la chef, mientras preparaba delicia tras delicia que, para colmo, tenían la apariencia de pequeñas obras de arte. La alta y delgada embajadora poseía un amplio espectro de conocimientos entre los que se encontraba, para sorpresa de Heleentje, la biología marina. La holandesa estaba acostumbrada a buscar apoyos con las personas que manejan los fondos de instituciones públicas o privadas, quienes tenían un limitado conocimiento del campo y que le ofrecían, en el mejor de los casos, café instantáneo y galletas.

“No por nada llaman a la embajadora *Zhú nūshi*: ‘Dama bambú’”, pensaba la bióloga, mientras adminaraba la naturalidad con que Yin Lixue llevaba el peinado alto y el fino traje de seda color hueso. “Le queda a la perfección”.

Fue hasta después de la cena que la embajadora comenzó a tocar el tema principal: como bien sabía, el gobierno chino había anunciado, un par de años atrás, un acuerdo para invertir en la siguiente década una cantidad histórica de su Producto Interno Bruto en investigación y desarrollo marino; todo ello con el fin de utilizar la tecnología y experiencia obtenidos no sólo para su uso en los ámbitos tradicionales, sino también para apoyar el programa espacial chino y llevar en los siguientes cinco años una tripulación a la Luna y, antes de dos lustros, poner otra tripulación en Marte.

“Como las otras agencias espaciales, que usan los conocimientos generados por la investigación marina para desarrollo

soluciones para el espacio”, pensaba una y otra vez Heleentje, cuidando de no decirlo en voz alta.

El programa chino incluía diversos apartados que no se habían hecho públicos, en uno de los cuales se sugería buscar, como primera medida, el asesoramiento de especialistas en campos relacionados. Tal participación se vería recompensada con generosos apoyos económicos y con el acceso ilimitado a modernas instalaciones recién construidas en donde llevar a cabo los estudios.

Heleentje sonreía y fingía mostrar interés. Lo que mencionaba la embajadora ya se lo habían propuesto a varios de sus colegas: algunos habían firmado y los resultados habían sido decepcionantes. La tecnología china estaba atrasada en algunas áreas un par de años con respecto a los altos estándares europeos y norteamericanos y lo solucionaban comprando discretamente lo que necesitaban en el mercado internacional, lo que provocaba retrasos significativos en la integración de sistemas y equipos debido a las diferencias entre diseños.

Uno de sus colegas se había quejado de que, para una sencilla medición de zonas bálticas en el mar de China, había tenido que esperar dos semanas debido a la falta de termómetros adecuados; algo que en la Universidad de Camberra se hubiera solucionado en un par de horas. Heleentje entendía que tales trabas eran debidas a la monstruosa burocracia y el férreo control que el gobierno chino aplicaba en todo su territorio; en especial tratándose de extranjeros. La cena y el vino habían provocado que la holandesa olvidara momentáneamente por qué estaba allí y se preparó mentalmente para decirle a la embajadora, con todo el respeto y de la manera más educada posible, que no, que no contara con ella y que no necesitaba pensarlo porque la respuesta sería la misma: no firmaría ningún convenio de investigación.

Yin Lixue le había dado una carpeta en la que se mostraban varias fotografías de los diversos proyectos que China tenía en funcionamiento. La holandesa fingió revisarla con interés y la cerró. La embajadora traía en la mano una foto en alta resolución de veinte por veinte centímetros, la cual puso con delicadeza sobre la carpeta. Heleentje sintió que le faltaba la respiración. Era lo que la había atraído originalmente: un batiscafo, un submarino de tamaño reducido utilizado para investigaciones a gran profundidad. Parecía una campana alargada. Estaba pintado de amarillo y sobre la proa estaba escrito en negro su nombre: *Xiǎo yú*, Pequeño pez.

—A diferencia de otros programas que tienen poco tiempo, nuestro batiscafo lleva años diseñándose y desarrollándose. Es un vehículo terminado y lo ponemos a tu disposición.

La embajadora continuó hablando mientras Heleentje revisaba de manera concienzuda las especificaciones técnicas del aparato; eran muy buenas, pero la holandesa, con base en su amplia experiencia, ya estaba remplazando mentalmente algunos sistemas y componentes, calculando tiempos, costos y lugares, y en un par de minutos ya había armado el esbozo de un proyecto.

Una mano fina apareció en su campo de visión, y, un poco más atrás, la radiante sonrisa de la embajadora Yin Lixue que le musitaba: “Bienvenida”.

El abismo

La tranquilidad del nuevo hogar de los europeos era asombrosa. No existía, en todo el planeta, depredador alguno que supusiera un peligro para ellos. En cambio, la comida abundaba. Era necesario un control estricto para que esa abundancia continuara, pero en términos generales comían más que en la luna Europa. Por desgracia, no había cristales en aquel planeta y los gigantescos gusanos que eran la dieta principal de los europeos se alimentaban únicamente de colonias masivas de bacterias que vivían enterradas a pocos metros bajo el fondo marino, lo que los volvía ricos en nutrientes, pero nada más. Aeneas no le dio importancia al principio: la paz del lugar bien lo valía. Recorrían a toda velocidad la fisura oculta por la termoclina en varias horas y el abismo completo en días. “Hubiera sido espacio más que suficiente para toda la raza de los europeos”, pensaba Aeneas con tristeza. Después de cinco años en aquellos mares, la sal ya casi no les molestaba y se habían habituado a la temperatura. El oxígeno, cosquilleante, no estaba presente a esa profundidad. Su hijo crecía junto con los otros infantes en aquel planeta; no conocían otra forma de vida y no entendían la nostalgia de los mayores.

Sin embargo, el peligro continuaba. Odigós había podido percibir, sin siquiera entrar en meditación, el paso de los recolectores por Júpiter y su sistema de lunas; habían barrido con todas las formas de vida. Las complejas reacciones químicas seguían efectuándose, los climas permanecían invariables, la gravedad, el calor, el frío, etcétera, pero ya no existía la más mínima posibilidad de que resurgiera la vida. Inclusive los cadáveres de sus congéneres se encontraban allí, masas gelatinosas semidisueltas, pero sin ningún tipo de descomposición o putrefacción al no haber ni siquiera bacterias. El miedo comenzó a abrumar a los europeos otra vez. No había lugar a dónde ir. Regresar a Europa, a Júpiter

o a cualquiera de sus lunas era ahora imposible al no existir ni siquiera virus. Pero había más: Aeneas calculaba que las siguientes generaciones de europeos tendrían una cantidad insignificante de cristales en sus organismos, a consecuencia de lo cual perderían toda la información y los conocimientos transmitidos hasta entonces de manera natural; ellos, los que habían logrado viajar hasta allí, estaban saturados de cristales y conservaban sus capacidades intactas, lo mismo que sus hijos, pero aseguraba que tendrían que enseñar a las nuevas generaciones cosas tan básicas como alimentarse; serían seres limitados, sin recuerdos, y con una conciencia rudimentaria, sin ninguna posibilidad de transportarse con la mente; más parecidos a los peces que vivían cerca de la superficie de este planeta. Un final aterrador para seres con sus capacidades.

—Pero ni siquiera llegaremos a eso —aseguró Anker, el hijo mayor de Elara, la primera europea en intentar el salto, y tan decidido como su mamá—. Los cometarios se acercan a cada instante.

Aeneas propuso una solución que causó asombro y furia en los miembros de su raza: intentar otro salto, esta vez más allá del Sistema Solar, más allá del espacio profundo, y llegar a otra estrella, una con un planeta o luna habitable.

Siguieron largas y agrias discusiones sobre las pocas o nulas posibilidades de lograr algo así. El único y reciente ejemplo de ellos mismos, habiendo perdido en el intento tres cuartas partes de su raza, era el argumento más obvio y se exponía casi por sí solo. Había sido un fracaso.

Odigós y un grupo de europeos defendían con vehemencia el suceso: de no haberse llevado a cabo el salto, la totalidad de su especie ya no existiría, y no sólo eso, había sido la primera vez que algo así se había intentado. Había sido un

éxito y con la experiencia adquirida podría repetirse, y esta vez con mejores resultados. Los más viejos, que no aceptaban el riesgo para lo que quedaba de su raza pero tampoco ofrecían otra alternativa, comenzaron a deliberar entre ellos y después a reñir. Aeneas sintió que estaba viviendo exactamente la misma escena que en Europa. Retiró de las reuniones a los integrantes de su clan y al grupo de Odigós y todos ellos comenzaron a buscar de inmediato un lugar donde asentarse en las estrellas.

Pero ya no había tiempo. Anker dio la alarma.

Llevaba cierto tiempo distrayéndose con una especie de resplandor que parecía estar suspendido dentro del planeta Tierra como si éste fuera hueco y tal halo flotara con languidez en su interior. No podía verlo directamente con sus sentidos, era más como si intuyera que allí estaba. El resplandor, no encontraba otra comparación, era más pequeño que un europeo, pero irradiaba una fuerza sutil que llegaba sin ningún impedimento más allá del Sistema Solar. Al concentrar cada vez más su atención en ella, Anker fue consciente de su calidez, de su energía suave, vibrante, que parecía insuflar de vida propia incluso sus pensamientos. La comprensión se hizo en la mente de Anker y lo llenó de terror: eso era lo que buscaban los recolectores. Y la energía parecía corresponderles. Estaba abandonando su profunda ubicación con lentitud y se acercaba a la atmósfera, en poco tiempo abandonaría el planeta cerca del hemisferio norte, en un rumbo que la llevaría hacia el cometa. Aunque los recolectores no llegaran hasta el planeta, la energía se iría; la totalidad de los europeos entendió que el final de la vida en aquel planeta y en el sistema entero estaba cerca, y aceptaron que la propuesta de Aeneas era, otra vez, la única posible: el salto a otra estrella.

Agradecido por la confianza puesta nuevamente en él, Aeneas les recordó la poderosa percepción de su hijo, Odigós, quien logró la autoconciencia en las millonésimas de segundos que duró el viaje a la Tierra, nonato aún, salvando a su madre y a sí mismo al materializarlos en el agua, con él ya libre de la bolsa amniótica. Tal conciencia, aunada a la experiencia que habían adquirido todos los europeos, proporcionaba la seguridad necesaria para, por lo menos, intentarlo. Además, no tenían opción, otra vez se trataba de elegir una muerte segura o la posibilidad de lograr el más fantástico de los viajes.

Preparativos

Seis meses después de la cena con la embajadora, Heleentje todavía recordaba con todos sus detalles el brindis con el que sellaron el acuerdo al que habían llegado tras largas negociaciones, pero ahora se encontraba a bordo del Hétún yú, un gigantesco barco de investigación y base del Xiǎo Yú, y cada vez más cerca de concretar su verdadero plan.

El acuerdo estipulaba que el barco llevaría a Heleentje, a su equipo y a un equipo chino hasta unas coordenadas específicas por encima de la fosa de Las Marianas. Una vez allí, realizarían cuatro inmersiones a lo largo de un mes, cada una más profunda que la anterior, a fin de probar las capacidades del batiscafo; la holandesa bajaría en las dos últimas. Ninguna de esas inmersiones planeaba bajar más de seis mil metros, distancia asombrosa de por sí, pero eso le bastaba a Heleentje de momento; había firmado también otro acuerdo para descender en solitario al abismo Challenger, estipulado para un máximo de cuatro meses más adelante, a fin de establecer un nuevo récord y, con un poco de suerte, pensaba al firmar, encontrar a los seres que habían caído del cielo.

La espera fue tensa. A pesar de haber comenzado con los preparativos inmediatamente, Heleentje había estado medio esperando que de un momento a otro le notificaran que el proyecto había sido cancelado. Cuando se puso en contacto con los miembros de su equipo y les ofreció participar, aceptaron gustosos. Con ella serían siete, más los ¡114! miembros del equipo chino. Heleentje sonreía al imaginar lo que estaría pensando la Dama Bambú cuando firmaban: “Allí está, una generación de biólogos marinos chinos obtendría invaluable experiencia de primera mano”.

Suspiró con alivio cuando llegó a sus manos un grueso sobre con todos los documentos necesarios para embarcar. La

holandesa y su equipo viajaron en avión al puerto de Xiamen, provincia de Fujian. La noche antes de embarcarse en el Hétún yú, el gobernador de la provincia, amigo cercano de Yin Lixue, les ofreció una espléndida cena en su casa, ubicada en el distrito residencial de Xiangang.

Al día siguiente, a media mañana, ayudado por dos remolcadores para salir del puerto, el Hétún yú zarpó.

Búsqueda

Descubrieron el astro candidato tras una larguísima búsqueda. Abundaban los sistemas solares con mundos de todos los tamaños, pero en condiciones imposibles de habitar para los europeos. Y es que no sólo era necesario que existiera un planeta; la energía vital tenía que estar presente en él. En numerosos sistemas de los que habían estado explorando, la valiosa energía ya había sido arrancada, y aunque poseyeran las condiciones óptimas para la vida eran páramos desolados, yermos. Cuando la desesperación comenzaba a abrumarlos, Neola les dio buenas noticias: había descubierto un planeta lleno de mares y con abundante vida; además lo orbitaban dos lunas, una de las cuales también poseía océanos y vida; prueba suficiente de que la energía estaba presente en el sistema. Nombró el planeta Tassia, y las lunas, Achlys y Candace.

El problema era la distancia.

Era escalofriante.

A modo de comparación: el salto desde la luna Europa a la Tierra podía equipararse a que un europeo cruzara nadando el océano Atlántico de un lado a otro, desde América hasta África, mientras que el viaje al exoplaneta equivalía a que el mismo europeo le diera la vuelta a la Tierra un billón de veces.

Así de astronómica era la distancia.

Odigós tenía la certeza absoluta de que podrían lograrlo, una lejana voz en su memoria genética lo convenció de ello, un eco minúsculo, un susurro que sólo su poderosa autoconciencia lograba percibir: millones de años atrás un salto así ya había tenido éxito. Se dio a la tarea de convencer

a los demás de que en el medio en que se movían, el espacio cuántico, las distancias eran relativas. No importaba si se trataba de un kilómetro, de mil o de mil millones; bastaba con mantener la meditación total el tiempo suficiente para que el viaje fuera casi instantáneo. Con esta poderosa convicción como base de sus argumentos, en los siguientes meses se dio a la tarea de ayudar a los demás a prepararse mentalmente para lograr el salto.

Anker, siempre vigilante, detectó algo asombroso: otro cometa llegaba desde las profundidades del espacio profundo y ya estaba cerca de la órbita de Plutón; era igual al primero, lleno de recolectores. Lo percibía como una grieta negra y fría en la realidad, vagando entre yermos. Era la manera que los recolectores tenían de asegurarse de que completarían su tarea. Si la energía no era capturada por el primer cometa, lo haría el segundo. No había escape posible.

Ascensión

El momento había llegado. De acuerdo con el plan de Aeneas, todos los europeos comenzaron el viaje hacia la superficie. Atravesaron la termoclina como fantasmas emergiendo del suelo marino, con los retazos del sedimento colgando de la multitud de simbioses que viajaban pegados a ellos. El agua generaba masivas ondas milimétricas debido a la vibración emitida por las criaturas. Ascendían en un estado de meditación total, como si fueran un solo organismo. En la parte más alta iba Odigós y en la más baja Aeneas; guiando con sus pensamientos al resto de europeos. Eran una mente con un solo objetivo: el planeta que pronto los albergaría, cuyo mar estaban visualizando; la sensación de ingravidez los recorría mientras ordenaban a sus cuerpos condensarse en cristales, los que, tras titilar brevemente, como las estrellas, desaparecieron.

Inmersión

Las tres inmersiones anteriores habían sido todo un éxito y Heleentje estaba feliz. Se encontraba a bordo del Xiǎo yú realizando la cuarta y última inmersión. Sólo llegarían a los seis mil metros, más o menos la mitad de la profundidad conocida del abismo Challenger, pero no importaba, el batiscafo funcionaba a la perfección y la holandesa no veía problema alguno para planear el descenso a la fosa. A su lado se encontraba un delgado joven chino llamado Jian Qíao. Acababa de graduarse como biólogo y le tocó acompañar a Heleentje gracias a un sorteo. Hablaba bien inglés, pero era callado por naturaleza, cosa que le agradó a la holandesa.

El batiscafo, de tres metros de alto por uno y medio de ancho, con forma de campana alargada, llevaba en la base un espejo de cristal diseñado para poder ver casi normalmente a través de él, pese a su grosor y a la ondulación del agua; la estructura del minisubmarino había sido construida con las más modernas aleaciones, las cuales eran necesarias para garantizar la supervivencia de la tripulación. La colaboración entre los biólogos ya había dado frutos: desde la primera inmersión habían localizado y recolectado varios individuos de la extraña especie de los monotálameos y de xenofióforos, ambos pertenecientes a la familia de los faraminífidos, seres en extremo difíciles de encontrar y preservar debido a su frágil constitución, pero de enorme interés para la ciencia.

Heleentje bromeaba con la tripulación del barco usando las escasas palabras en chino que había aprendido. Suponía correctamente que las risas que provocaba eran por su pronunciación y no por la broma en sí, sobre el aroma a ajo del barco, pero no le importaba, en pocos meses comenzaría la verdadera aventura y ahora sí estaría preparada. Estaba consciente de que no podría ocultar a sus colegas chinos cualquier situación o descubrimiento relacionado con los

seres que buscaba, en especial por el hecho de que había dieciséis cámaras, sumando las internas y las externas, grabando permanentemente. Las cámaras no podían apagarse “por seguridad de los tripulantes”, pero eso no la molestaba particularmente; de encontrar algo, sería justo que fueran los primeros en saberlo.

Jian Qíao llamó su atención señalando la pantalla del sonar. Algo emergía. La holandesa sintió como si su estómago se encogiera. La imagen mostraba claramente algo que subía, llenando por completo la pantalla pese a los intentos del joven chino por aumentar el alcance del sonar. El Xiǎo yú se sacudió con fuerza empujado por el desplazamiento masivo del agua, arrojando con fuerza a Heleentje y Jian Qíao contra los mamparos e instrumentos. La holandesa sintió que algo caliente le escurría por la oreja y el cuello, pero lo olvidó de inmediato al mirar por una de las pantallas que mostraban el exterior. Era una forma que reconocía.

Allí estaban... ¡Los seres!

El vértigo le nubló la vista y sintió que sus párpados pesaban como plomo. La dulce inconciencia le ofrecía sus brazos.

Un alarido surgió de lo más profundo de Heleentje.

—¡No, otra vez no! ¡No, no, no!

Se incorporó como pudo, comprobando febrilmente que todas las cámaras funcionaran y estuvieran grabando y transmitiendo, al igual que los sensores, los hidrófonos y los instrumentos de investigación; respiró profundamente y encendió a máxima potencia todas las luces externas logrando así iluminar una amplia zona a su alrededor.

Eran ellos.

Se elevaban como si de montañas cubiertas de vegetación se tratara, no aleteaban, sólo ascendían de manera lenta pero ininterrumpida. Heleentje, quien temblaba descontroladamente y respiraba con dificultad, acertó a sentarse junto a Jian Qíao para atenderlo; el muchacho se frotaba las costillas del lado izquierdo con evidentes muecas de dolor, muecas que desaparecieron al descubrir a las criaturas que estaban por todos lados. Los pensamientos de la holandesa parecían estar adentro de una lavadora industrial. Comenzó a describir el suceso para la bitácora de a bordo, su voz surgió con aplomo para asombro de ella misma.

—Estoy... Estamos, estamos viendo criaturas desconocidas para la ciencia. Parecen ballenas, pero de una familia nunca vista. Repito, son seres desconocidos. Son docenas, cientos quizás.

Jian Qíao farfullaba en chino, pero rectificó al percatarse de que su compañera no lo entendería.

—Las... las criaturas no parecen poseer ojos ni nada parecido. Están infestados de *Echeneidae* o rémoras. Sus tamaños varían, pero van de los...

El muchacho calló y se agarró con fuerza el costado. Heleentje continuaba.

—Algunos llevan las fauces entreabiertas y no alcanzo a distinguir barbas en el maxilar superior, sólo entreveo un par de placas encontradas, alguna variante de dientes, supongo, por lo que probablemente no entrarían en el suborden de los mistictetos y sí en el de los odontocetos. El batiscafo está vibrando con fuerza, es una especie de rumor, de oscilación externa.

Una idea la asaltó y encendió los altavoces internos conectados a los hidrófonos. El ruido llenó la cabina por completo.

Era aturdidor. Como pudo bajó el volumen y un sonido familiar se pudo percibir. Eran cantos. Como los de las ballenas. Pero al mismo tiempo tan extraños a sus oídos (bramidos de tonos graves, horrisonos y guturales, carentes de símiles en la Tierra) que le pusieron la piel de gallina.

—Se... Se aprecia desde aquí que las criaturas poseen colores asombrosos, que van desde el magenta y el violeta hasta el azul...

—Pero ésa es la capa de organismos que los cubren, Jian Qíao, puedo ver la piel de ellos en algunas partes, es de color crema, lechosa; deben medir unos doscientos metros de largo, pero el diámetro es difícil de calcular por los *Echeneidae* que los infestan.

Heleentje recitaba mecánicamente lo que veía y lo que alcanzaba a comprender, pestañeando sin parar. Eran bellísimos, punto. Por la radio escapaba una cacofonía en chino imposible de entender; parecía que todos a bordo del buque, hasta las noministas, pedían información. La holandesa lo apagó; veían lo mismo que ellos.

Las criaturas detuvieron su ascenso. Todos los sonidos se esfumaron y la temperatura descendió en picada. El agua misma daba la impresión de estar iluminándose y los seres comenzaron a rielar frente a los asombrados ojos de los biólogos; los entes perdieron consistencia mientras sus siluetas eran remplazadas por infinidad de diminutos destellos de luz. Heleentje y Jian enmudecieron. Los destellos, parecidos a los generados por la soldadura eléctrica, aumentaron de intensidad y se comprimieron en unos pocos, para después desaparecer, provocando que el agua alrededor del Xiǎo yú se agitara con fuerza, al reacomodarse ante el vacío súbito dejado por los titánicos seres, sacudiendo aún más a los tripulantes. Como pudieron, estabilizaron la posición

del batiscafo. Al conseguirlo, la bióloga comprobó los instrumentos una y otra vez. Nada. Se habían esfumado.

Como en un ensueño, Heleentje ayudó a Jian Qíao a acomodarse en su asiento. Al parecer, el muchacho tenía un par de costillas fracturadas y respiraba con dificultad. Tras aplicar los primeros auxilios a su colega y a sí misma, la holandesa envió por radio un escueto informe del estado general del aparato y de ellos mismos, e informó que comenzarían el proceso para ascender a la superficie; todas las frecuencias de la radio eran un caos; por lo poco que entendió antes de apagarla de nuevo, en el barco también habían sufrido una fuerte sacudida al momento de la desaparición de los seres y tenían muchos heridos.

Una hora después del incidente, el Xiǎo yú comenzaba el largo viaje de vuelta a la superficie. Ambos biólogos dormitaban, agotados mentalmente y maltrechos físicamente. Heleentje estuvo tentada a comenzar a revisar las grabaciones, pero en cuanto se acomodó en el sillón, suspiró profundamente y se quedó dormida.

Cámara remota

La técnica especialista en análisis y recolección de datos Lindsay Ross, sentada en su oficina, estaba a punto de caer en la desesperación. Antes de utilizar el pretexto de ir por una taza de café para decirle a Carlson que las comunicaciones se habían caído, Lindsay había sostenido agrias discusiones con el personal técnico y de programación; su voz había sido fría y sin dar oportunidad a réplica: urgía saber qué ocurría y resolverlo. Cada vez que había hecho uso del teléfono, un enfurecido empleado de la NASA le había obsequiado unas cuantas palabras nada agradables. Pese a todo no había podido lograr que restablecieran las comunicaciones con las instituciones hermanas diseminadas por todo el mundo y eso, para su jefe, Carlson, sonaba a ineptitud. Ella sabía que decirle “No es mi culpa”, era peor.

—Sí es tu culpa —gritaría él—. Primero, por no prevenir algo así y segundo por no haber encontrado ya una solución.

Esas palabras eran las últimas que habían escuchado varios de sus colegas antes de ser “reassignados”, por lo general a puestos de menor categoría. Lindsay se había esforzado muchísimo durante años, compitiendo con docenas de personas que tenían en sus currículos la palabra “sobresaliente” escrita por todos lados. Su esposo era quien la obligaba a reconocer su propio mérito; después de todo, ella también había logrado notas sobresalientes en todos sus estudios y reconocimientos a la excelencia en todos sus diplomas. Eso la animó a seguir adelante y a conseguir ese puesto en el Caltech. Estando adentro se había percatado de que, en la Agencia, como en muchas otras instituciones gubernamentales o empresariales, se veneraba a las personalidades y los encargados trataban como objetos a todos los demás. En la NASA también había cavernícolas.

Algo más la perturbaba; no podía comunicarse con su marido.

Él era reportero de una revista sobre geografía y naturaleza y estaba cubriendo una nota sobre los alces blancos siberianos, es decir que se encontraba en la misma parte del mundo que había enmudecido, y no sabía nada de él. Siempre que en el Centro de Ciencias iba a haber un suceso especial, en este caso el seguimiento del cometa Ison, su esposo se comunicaba con ella unas horas antes para desearle lo mejor. Por si fuera poco, su amigo Ernst Schütz no contestaba el teléfono. Él trabajaba en la Agencia Espacial Europea, en el área de biología celular, pero cuando Lindsay había tenido problemas con dicha agencia, ya fueran técnicos o de relaciones públicas, Ernst la había apoyado solícitamente. Ahora parecía que nadie en el mundo quería contestar sus llamadas.

Una gran cantidad de mensajes, correos y archivos llegaron de golpe a su teléfono, algunos con dos horas de retraso; la señal había regresado momentáneamente. Se levantó de un salto al ver un mensaje de texto de su marido y lo abrió de inmediato. Era breve y elocuente, le decía que las comunicaciones eran un desastre por todos lados y nadie sabía por qué; que no salían llamadas; que esperaba que el mensaje no se tardara mucho en llegarle, y que todo iría bien. Un suspiro salió del pecho. Ese mensaje fue como oxígeno. Por supuesto que todo saldría bien. Carlson tendría que admitir que el problema se estaba manifestando a nivel global y que, aunque había protocolos, había sido imposible esperar o solucionar algo así.

Iba a guardar su teléfono para regresar al Centro de Ciencias cuando notó que había llegado un correo de su amigo Ernst, el cual incluía un archivo de video. Enarcó las cejas y lo abrió. Supuso que sería algo urgente, así que esperó a

que concluyera la lenta descarga. Lo reprodujo de inmediato. El celular de su amigo había grabado directamente el video que corría en una pantalla de computadora; en el audio de esta segunda grabación, se escuchaban varias voces excitadas por lo que estaban viendo, Lindsay no sabía alemán al cien por ciento, pero entendió algunas palabras.

—¡Las células mueren!

La pantalla que estaba siendo filmada pertenecía a un sitio web, desde el que se tenía acceso a los videos de las cámaras de seguridad. Ernst trabajaba de manera ocasional como consultor para la compañía cuyas instalaciones estaban siendo monitoreadas en el video en el que se apreciaba un laboratorio y, enseguida, un acercamiento a una fila de tubos de ensayo allí instalados. La voz de Ernst, junto con la de otras personas hablando en alemán, se escuchaba con claridad.

—... nivel molecular...

La cámara hizo un acercamiento mostrando lo que había adentro de uno de los tubos, una placa de Petri; en ella había una muestra de algún tipo de cultivo vivo, una finísima hebra parecía salir de ella; la imagen del video pasó entonces a un plano microscópico, la hebra estaba formada por millones de filamentos provenientes de cada una de las células expuestas, al salir el filamento, las células perdían color y parecían desgranarse en grupos simples de moléculas, como si a un collar de perlas se le quitara el hilo que las mantenía unidas.

—¿Con esos hilos se les está escapando la vida?!

—Es algo externo...

La imagen del video, seguramente ya editado por Ernst, pasó de nuevo a una cámara de seguridad. En ella, tres personas con batas blancas yacían sobre el limpio suelo del laboratorio. El hilo que antes se desprendía de la placa de Petri, se desprendía ahora de las personas y sus cuerpos adquirirían rápidamente un color ceniciento, acuoso, como si se disolvieran.

—¡No es de este mundo!

Una punzada fría se le encajó en las entrañas a Lindsay. Los cadáveres daban la impresión de haber sido exprimidos, como cuando se estruja un trapo hasta eliminarle la humedad.

Heleentje

El tiempo parecía haberse detenido después del amanecer. Al igual que cientos de millones de años atrás, el Sol surgía en todo su esplendor, como si durante ese dilatado periodo no hubiera consumido más energía, por minuto, que la humanidad completa durante toda su historia. Así de diferentes eran sus posibilidades y la importancia de cada uno en el gran esquema del Universo. Incluso el Sol, que parece eterno e inmutable, algún día tendrá que morir. Pero por ahora, Heleentje todavía sentía el calor y la brisa tibia del mar en toda su piel.

La arena blanca del atolón Geerlach estaba sembrada de pequeños caparzones, conchas y restos de vegetación marina. Detrás de una de las formaciones rocosas del atolón se encontraba el bote en el que había llegado, y a unas cuantas millas náuticas, el pequeño buque chino de suministros comisionado para llevarla allí y regresarla al Hétún yú y a su ahora numerosa escolta de barcos científicos y militares.

Los escasos minutos del evento ocurrido días atrás fueron como la proverbial cubeta de agua helada en la comunidad científica china. El natural escepticismo del inicio fue sepultado por la avalancha de datos y registros de sensores, tanto del barco, como de muchos otros centros de investigación en el mundo: sonares, sismógrafos, satélites, hidrófonos, todos captaron la insólita perturbación oceánica en el agua, y ahora los gobiernos del mundo preguntaban con insistencia a China acerca del suceso y de las intenciones de la flota que permanecía allí. Un portavoz chino declaró: “No sabemos nada. Estamos investigando”. El férreo control sobre sus científicos y su internet fue lo que evitó que los videos del suceso se hicieran del dominio público inmediatamente, pero sabían que sólo sería cuestión de días, quizás horas, para que esto sucediera.

La tripulación había sido interrogada minuciosamente una y otra vez, casi como testigos de un crimen. A Jian Qíao lo habían subido a toda prisa a un helicóptero en cuanto salieron del mar y desde entonces no sabían nada de él. Heleentje y su equipo no eran ciudadanos chinos y tenían un convenio firmado con el gobierno, por lo que el trato fue diferente para con ellos; no obstante, se les recordaba con insistencia que ese mismo convenio les impedía publicar cualquier cosa que el gobierno chino no hubiera autorizado antes. La holandesa también fue interrogada una y otra vez, pero ella se limitaba a repetir los detalles del suceso como automática. El médico a cargo, que concluyó que estaba en shock y que necesitaba descansar, se negó a permitirle pasar un par de días en el atolón de su familia. Heleentje no se quedó cruzada de brazos y telefoneó directamente a la embajadora china, Yin Lixue. La Dama Bambú le había preguntado repetidamente si estaba bien y le prometió que le darían el permiso.

Horas después la embajadora regresó la llamada. Estaba hecho.

La holandesa no recordaba cuándo había sido la última vez que había estado en el atolón, pero sospechaba que ya habían pasado más de cinco años. El sol comenzaba a quemar. A pocos pasos de allí, unos gruesos tallos blancos protegían delicadas espiguillas de un insólito color violeta. Diminutos cangrejos amarillos iban y venían de la playa hacia el mar, como si no hubieran hecho otra cosa desde el inicio del mundo. Heleentje jamás había visto vegetación y cangrejos así y pensó en recolectar algunas muestras, pero no lo hizo porque carecía del equipo adecuado. Hizo a un lado el fugaz pensamiento de que posiblemente eran mutaciones provocadas por las criaturas llegadas del cielo. Ya lo averiguaría.

En el horizonte se formaban tardíos bancos de neblina, “¿o es una tormenta?”, pensó, suspirando. Se sentía en paz consigo misma desde el incidente con las criaturas. Estaba segura de haber hecho lo que tenía que hacer dadas las circunstancias: había sido un descubrimiento de tremendas dimensiones, capaz de trastornar a cualquiera, pero ella había conservado su profesionalismo y lo había documentado de la mejor manera posible. Tenía sobre los hombros la colcha ligera con la que había esperado el amanecer. Sólo ella estaba allí. Una certeza se había instalado en su corazón y en su mente: lo que fuera que hubiera traído a esos seres a este planeta ahora los había hecho huir, alejarse; algo estaba por ocurrir, y de eso no tenía duda. ¿Quizás se trataba de alguna clase de eco mental de las criaturas? Huían. ¿Qué podía obligar a una especie así de portentosa a huir? No quería imaginarlo.

Una campanita de alerta sonó en su cerebro. La neblina se aproximaba a una velocidad pasmosa y subía mucho más allá de las nubes, opacando incluso al Sol, que ahora lucía acuoso, como el ojo de un muerto. En instantes, la neblina se había convertido en un colosal telón que cubría el horizonte. Una punzada de miedo acuchilló su garganta al darse cuenta de que ni siquiera llegaría al bote, ya tenía la neblina encima. El océano perdió color y la perspectiva le jugó una broma; por unos segundos creyó firmemente que el atolón entero se estaba hundiendo en las limpias aguas, pero no era así, del mar surgían incontables hebras que se elevaban con rapidez y sin que el viento les causara efecto alguno.

“¡Estas hebras que surgen de todos lados son la neblina! ¿Qué demonios significa esto?”, pensaba febrilmente Heleentje cuando un chispazo de entendimiento iluminó su mente. “¡Ésta es la razón del éxodo de las criaturas!”

Observó que los filamentos no surgían de todo, sino únicamente de los seres vivos, como los cangrejos y las extrañas

plantas, que ahora se estrujaban solas para después desplomarse, con apariencia seca, grisácea. Hasta del moho que invadía la vieja placa conmemorativa en honor al barón Geerlach surgieron unos pocos filamentos. Observó el océano. Había adquirido una consistencia espesa, primigenia, como seguramente la tenía al inicio de los tiempos.

Cuando las finas hebras comenzaron a brotar de su cuerpo, el pensamiento de Heleentje voló hacia su padre y se arrojó al mar, en donde su cuerpo se disolvió en las pacíficas aguas.

Hilos

Jacinto Damián estaba asombrado; el horizonte parecía rielar, moverse, como cuando se mira a través de un comal caliente. Sin importar hacia dónde viera le daba la impresión de que algo surgía por todos lados y se elevaba en una miriada de finos hilos; por momentos, parecía que llovía hacia arriba. Un minuto antes, su compadre había ido por más pulque y Jacinto había aprovechado para ir a orinar atrás de un pino, en un risco que dominaba la vista; desde allí se podía contemplar, a lo lejos, la mancha luminosa conocida como Ciudad de México; de ella subía algo que la mente confundida de Jacinto no acertaba a interpretar: una enorme columna formada por millones de filamentos; ligeramente brillante, se movía formando espirales, contrayéndose y estirándose con pesadez, apartando las nubes de lluvia y continuando su camino hacia el cielo, tan alto, que debía llegar a salirse de este mundo. Pequeños golpes secos comenzaron a sonar a todo su alrededor; eran aves de todos los tamaños junto con algunos murciélagos que caían sin vida de los árboles o del cielo mismo. ¡Los árboles temblaban!, se agitaban sin viento, perdían su color poniéndose grises, reseca por dentro y por fuera. Incluso la hierba se aplastaba como si estuviera quemada. La tierra rezumaba lombrices que se estiraban como ligas para después dejar de moverse. Las hebras salían de todo. Jacinto temblaba de manera violenta; tenía la boca completamente seca y el corazón acelerado como jamás en su vida. No entendía lo que sus ojos le mostraban, pero sabía que no era bueno. El pueblo de San Juan se distinguía un poco más abajo de donde estaba, largas hebras también salían de él. Todas las fibras parecían unirse a cierta altura para continuar elevándose un poco más rápido. Vio que las vacas y cabras de su compadre caían de costado y que sus extremidades se apretujaban con secos tronidos de huesos rotos mientras los filamentos salían de ellos, lo mismo que de los árboles y el pasto. El

campesino pensó, espantado, que los animales de su compadre estaban siendo exprimidos por manos invisibles, que los hilos plateados eran el líquido que se les salía tras tan fuerte exprimidera. Jacinto peló los ojos cuando vio que comenzaron a brotar finísimos hilos de sus brazos y se los restregó con violencia, tratando de apartarlos, pero no pudo, eran intocables, fantasmales. Alcanzó a girar hacia su amado volcán y a gritarle con un último aliento “¡Tataj!” antes de que sus brazos se unieran violentamente por encima de su cabeza contra su voluntad, y se le quebraran con un crujido igual al de las vacas de su compadre, que había escuchado partirse, secas, hacía un instante.

Evento

En el espacio, cuando todavía faltaban varios miles de kilómetros para el punto de reunión, la sonda comenzó a disparar sus potentes cámaras y sensores, transmitiendo todo de inmediato a la Tierra. Carlson podía imaginar perfectamente a su colega y amigo, el profesor Austerberry, presionando a los chicos del Centro Goddard para lograr la mejor calidad posible de imágenes con el material que les estaba llegando. Ya traducido del lenguaje informático, el primer lapso de treinta segundos llegó al Centro de Ciencias en menos de cinco minutos. Las imágenes mostraban en el cuadrante superior izquierdo de las pantallas, girando sin cesar, un objeto marrón: era el cometa Ison; carecía de forma regular; lucía como si un par de montañas hubieran sido pegadas torpemente una con otra y cubiertas con miríadas de puntos negros. Carlson y su equipo observaron absortos el lapso de imágenes que se repetía una y otra vez. Desde las primeras tomas se apreciaban ya con claridad los detalles de su morfología: largos picos reventados, profundos abismos, enormes zonas de hielo amarillento, plomizo; una nube de rocas de todos los tamaños acompañaba al astro en su camino; nada inusual en todo esto. Johnson, un especialista en programación, tomó la iniciativa y emitió su opinión acerca de cuál podría ser la posible composición química del cometa, las réplicas de otros miembros del equipo no se hicieron esperar y muy pronto Carlson pasó de moderador a necio defensor de los compuestos orgánicos.

Callaron cuando las pantallas se oscurecieron y apareció la leyenda “*Stand by*” en un brillante color rojo. Todos sonreían y aplaudían satisfechos. Les habían dado el vistazo inaugural a las primeras fotografías, “a quemarropa”, de un objeto de fuera del Sistema Solar, algunas de las cuales tardarían varias horas en ser publicadas, mientras que otras, quizás hasta meses. Instantes después llegó el segundo lapso

de treinta segundos; exclamaciones de asombro y susto llenaron la sala. Las había provocado lo que se observaba a partir del segundo seis: lo que en principio habían sido tomados por cráteres ocasionados por el impacto de meteoritos, ahora mostraban una forma familiar: parecían rostros, formados por bocas y ojos vacíos, abiertos grotescamente en gestos de súplica o terror. Eran miles; surgían de todos los rincones del cometa. El equipo completo volteó a ver a Carlson, quien estaba tan aturdido que no atinaba a decir nada. Pensó de inmediato que todos sufrían una crisis de tripofobia: asco y miedo a los patrones orgánicos repetidos, en especial a los orificios y a las figuras geométricas pequeñas y muy juntas. En la pantalla de su terminal se dibujó un cuadro de videochat y en éste apareció el rostro rubicundo del profesor Austerberry, quien, visiblemente nervioso, gesticulaba y movía los labios a gran velocidad, pero ninguna palabra llegaba; al parecer había olvidado activar el sonido. Por inercia, Carlson observó las otras ventanas de videochat y se sorprendió al ver que sus colegas de Europa y Asia continuaban fuera de línea, algo escandaloso.

Lindsay entraba corriendo por la puerta, cuando llegó la tercera tanda de fotografías. Ahora mostraban la parte posterior del cometa, y en esta zona también se podía observar que los agujeros de su superficie estaban dispuestos en forma de fantasmales rostros. La cámara estaba programada para hacer un acercamiento en primer plano hacia la zona central del cometa. Por unos instantes no se vio nada debido al polvo que el cometa iba despidiendo y a su brumosa cauda, las pantallas se aclararon y la sala del Centro de Ciencias se llenó de gritos de desconcierto; cayeron sillas y equipo al alejarse los científicos, instintivamente, de las pantallas. Tras aclararse la imagen, ésta se abrió a una espaciosa planicie del cometa, de tonalidades grises y limpia de figuras topográficas. Sobre ella, docenas de seres lustrosos, amontonados, como larvas en un cadáver, elevaban lo

que parecían sus extremidades superiores en algo que a la embotada mente de Carlson le recordó una invocación. El Centro de Ciencias era un caos, mientras el pánico se acrecentaba con cada repetición automática del video de treinta segundos. Jadeando en busca de aire al ver las imágenes, la especialista Lindsay se acercó a la ventana que daba al patio de servicios, sintiendo que sus piernas no soportaban su peso. Algo llamó su atención y vio que el personal de servicio, que se encontraba en el patio, estaba inmóvil y que uno por uno chocaban con violencia sus brazos por encima de la cabeza, girándolos brutalmente hasta que los huesos tronaban, mientras que sus piernas hacían lo mismo, pero en sentido opuesto. Un grito salió de su garganta al ver que todos los operarios de limpieza parecían estar siendo exprimidos, como si ellos mismos fueran los mechudos que usaban para trapear, mientras tenues filamentos surgían de sus cuerpos.

En el escritorio de Carlson, bajo la silla, su taza favorita yacía rota; el café formaba un charco sobre el cual se reflejó oscuramente el momento en el que todos los presentes en el Centro de Ciencias levantaron los brazos por arriba de sus cabezas, grotesco movimiento acompañado por el seco crujido de sus huesos, al tiempo que delicadas hebras plateadas salían de su piel. Después, secos, grises, los cuerpos cayeron y se deshicieron en el impecable piso.

Debacle

“Algo está de la fregada, muy de la fregada”, se repetía mentalmente una y otra vez la maestra Monserrat.

Apenas media hora antes todo era perfecto. La velada estaba siendo muy divertida, pero en unos minutos todo cambió. Primero la transmisión de la NASA se había cortado, luego la señal de wifi; siguieron la televisión y la radio y después la electricidad.

La maestra y sus alumnos se encontraban en el techo de la casa, habían llevado un par de velas para guiarse pues la noche ya caía. Monserrat contemplaba la ciudad con unos enormes binoculares, no quería asustarlos más, pero lo que veía le había puesto las rodillas como de goma: una especie de humareda salía del gigantesco valle; por todas partes las luces de los autos estaban paralizadas, incontables casas y edificios se oscurecían por secciones, fogonazos y destellos iluminaban como flashes porciones de la imagen, el humo de muchos incendios se unía a lo que fuera que estuviera abandonando la urbe. La mente de Monserrat era un completo desorden; sentía que sus ideas, que siempre habían sido como hojas de papel acomodadas con pulcritud en un escritorio, ahora volaban por cualquier lugar, como si un huracán se acercara; tenía la experiencia para entender que ese huracán era el pánico.

Antes de que se cortara la señal de la NASA alcanzaron a ver algo que no comprendieron y que se encontraba dando vueltas en la mente de Monserrat: la señal de la NASA había fallado mucho, sólo habían alcanzado a ver un conjunto de figuras reunidas en una gran planicie del cometa. Si les fue posible contemplarlas, es porque eran sin duda alguna gigantescas. Monserrat se negaba a llamarlos “seres”, no había prueba alguna de que fueran eso. *Tenía* que ser otra cosa.

Algo que se pudiera explicar y comprobar. La imagen se apagó y la luz se fue, dejándolos en un silencio ominoso por varios segundos. Gaby lo quiso romper y con la voz lo más natural posible dijo:

—¡Caray! ¿Vieron esas cosas sobre el cometa? ¿Qué eran, profa?

—No... no estoy segura, Gaby. A lo mejor se trata sólo de pareidolia, es decir, una imagen que nos recuerda de manera inconsciente un rostro o una figura; el ejemplo más sobresaliente de tal fenómeno psicológico, en nuestro país, es el Iztaccíhuatl: la forma del volcán nos parece una mujer recostada. —Su voz se animó un poco—. Eso explicaría los... las cosas brillantes en el cometa quizá sean deshechos o alguna formación poco común de cristales de hielo. Sí. Eso puede ser, cristales de...

—Me recordaron la imagen de su póster, maestra: cada una de esas cosas se parece a Laniakea.

Monserrat reprimió las ganas de gritarle “¡Cállate!” a Gaby; tenía la sensación de que un hielo atravesaba su estómago. A ella le dio exactamente la misma impresión. Pero no, ¡imposible! Ni siquiera quiso pensar en semejante locura. No tenía sentido. Notó las caras de los muchachos ensombrecidas por el miedo y pensó que lo mejor sería tranquilizarlos un poco para después llevarlos a sus casas. Les dijo que se pusieran sus chamarras y les pidió que la acompañaran a la azotea, pretextando que desde allá podrían entender mejor qué ocurría.

Había sido peor.

Con un esfuerzo tremendo apartó los binoculares de sus ojos y se forzó a voltear a ver a los adolescentes, quienes

no habían hecho ruido alguno desde que subieron. Un alarido surgió de su boca, pues en ese momento, Juventino, tieso como una tabla y con los brazos en alto, se desplomaba por el barandal de la azotea. Conmocionada, Monserrat giró hacia Gabriela y Servando, quienes estaban abrazados contemplando la ciudad y notó que de sus cuerpos también surgían las delicadas hebras grisáceas, tan juntas que lucían como vapor. Un tronar de huesos acompañó el momento en que, por estar los chicos abrazados, una fuerza irresistible elevó los brazos de ambos, enmarañados entre sí; los rasguídos de la carne, la piel y la tela duraron poco, pero fueron perfectamente audibles. Luego cayeron. La maestra boqueaba, incapaz de respirar; las arcadas le acuchillaban las entrañas. De todo su cuerpo comenzaron a surgir hilos plateados y su mente se enturbió. Lo último que alcanzó a ver antes de morir fue la solitaria maceta que le había enseñado a Servando esa misma tarde, y cuyo cactus lucía ahora gris y seco.

Energía vital

El planeta Tierra lucía opaco. Una bruma tenue, ligeramente brillante, se extendía por su superficie. Tal bruma tardó horas en abandonar el planeta y liberarse en el espacio, como una mancha de aceite demora en diluirse en el mar; volutas de cientos de miles de kilómetros de largo se extendieron por el vacío y se dirigieron al encuentro del cometa de incesante giro; al llegar a él fueron brutalmente absorbidas por los agujeros en la roca, la cual se retorció y deformaba durante el proceso, animándose ante la llegada de la energía e inmovilizándose al terminar, quedando formados grotescos rostros en la superficie del astro, en una parodia de la vida que los recolectores habían arrebatado. Éstos bajaron sus apéndices. Eran los responsables de la muerte de todas las formas de vida del Sistema Solar, pero ni siquiera lo entendían así: un fragmento de la energía vital había sido recuperada. Se prepararon para otro sueño de millones de años o más, el tiempo que les tomara llegar a otra estrella.

Más allá de la galaxia

En un lejano planeta orbitado por dos lunas, los últimos hijos de la luna jupiteriana Europa, y también últimos hijos de aquel Sistema Solar, hogar del planeta Tierra, recorrían a placer los mares que el astro poseía. Estos migrantes estelares disfrutaban de la gravedad fuerte del agua fría que cubría casi toda la superficie. Abundaban las formas de vida. En el espacio, en la luna Achlys, cubierta también por océanos, se ocultaba un secreto ahora descubierto: en sus profundidades, bacterias y algas comestibles metabolizaban los cristales que la intensa actividad volcánica proveía. A esa luna iban a nacer los hijos de los europeos. Su primer viaje con la mente debía proyectarlos a los mares de Tassia, aquel planeta. Los que no podían lograrlo se convertían en restos calcinados en el espacio. Un recuerdo de los tiempos en que su raza nacía cayendo directamente sobre un volcán.

Nota

Al momento de escribir el relato *Ison*, por allí de agosto o septiembre del año 2012, el cometa del mismo nombre, o C/2012-S1, fue descubierto por un observatorio ruso, el ISON-Kislovodsk, perteneciente al International Scientific Optical Network (Red Óptica Científica Internacional), y de inmediato generó enormes expectativas, ya que se pensó en un principio que era un cuerpo celeste de fuera del Sistema Solar y se consideró que por su composición podría llegar a ser el astro más brillante visto durante ésta y las siguientes décadas. Por eso fue apodado “el cometa del siglo”. Al final se calculó que procedía de la nube de Oort y terminó siendo destruido en su acercamiento al Sol.

El relato estuvo guardado un par de años, durante los cuales fueron localizados nuevos y diferentes objetos estelares cruzando el Sistema Solar, como el increíblemente enigmático Oumuamua (2017) y el Borisov (2019), por dar ejemplos recientes. Es natural que ahora que se pone mayor atención al “vecindario” aparezcan astros prácticamente cada semana. El Oumuamua resultó ser el primer objeto del cual tenemos la certeza de que llegó de otro sistema solar, cruzó el nuestro y se perdió de nuevo en el espacio. Dadas sus dimensiones, trayectoria y velocidad, entre muchas otras características únicas, se llegó a decir que era algún tipo de objeto artificial, por supuesto, de origen extraterrestre. No hay pruebas científicas hasta hoy que avalen estas suposiciones. Al rescatar el texto original para una posible antología, estuve tentado de actualizar su nombre por el de alguno de estos objetos espaciales recién descubiertos, pero no lo hice porque siento que lo que en su momento me inspiró el cometa Ison se puede percibir en este texto.

Agradecimientos

En principio, a mi esposa y a mi hija, Alicia y Sofía, respectivamente, por su amor y paciencia ante el extenso proceso de escribir y reescribir esta obra. Ellas son mi prosa y mi poesía.

Al maestro Alberto Chimal y a su esposa Raquel Castro en cuyo taller se leyó y corrigió la primera minificción que dio origen a esta novela.

Al taller literario #10alas10, en especial a la creadora, alma y musa del mismo, Yuri Márquez, por su visión, paciencia e inquebrantable voluntad de enseñar el hermoso oficio de la escritura. También agradezco al doctor Plinio Sosa, a Verónica Ruiz, Javier Camacho y Hugo Daniel Camacho por su amistad, su apoyo y consejos. Somos familia de letras.

Mi agradecimiento al taller Gran Colisionador de Textos Especulativos, derivado de la Tertulia de Ciencia ficción de la Ciudad de México, especialmente a sus coordinadores, Adriana Letechipía y Eduardo Omar Honey, así como a los demás compañeros del taller que con sus conocimientos, frescura, energía y millones de memes de gatos me motivan a seguir escribiendo.

Al Rocko, mi gato, por sonreír a su modo cuando alguna línea de texto no quiere quedar.

Infinitas gracias a todos.

índice

Volcán submarino	7	Búsqueda.....	92
En clase.....	8	Ascensión	94
Conciencia	11	Inmersión	95
El atolón.....	15	Cámara remota	100
Bosques flotantes.....	21	Heleentje.....	104
Olas.....	23	Hilos.....	108
Popocatépetl.....	27	Evento.....	110
Desplazamiento.....	29	Debacle.....	113
La maestra.....	31	Energía vital	116
Impacto.....	33	Más allá de la galaxia.....	117
Jacinto.....	36		
El cometa	39	Nota.....	118
Los recolectores.....	41	Agradecimientos	119
Caltech.....	43		
Plutón.....	45		
Alarma.....	46		
La comida.....	48		
Huida.....	52		
Accidente.....	54		
Renacimiento.....	59		
Convicción.....	61		
<i>Impasse</i>	63		
Posibilidades.....	66		
Resultados.....	68		
Noticias.....	71		
Formas confusas entre la Luna y nosotros.....	72		
Fulgores.....	74		
Emisario.....	76		
Correspondencia.....	78		
Odigós.....	80		
Laniakea.....	81		
La embajadora.....	83		
El abismo.....	86		
Preparativos.....	90		



SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero

SECRETARIA DE CULTURA

Marina Núñez Bernalova

SUBSECRETARIA DE DESARROLLO CULTURAL

Omar Monroy Rodríguez

TITULAR DE LA UNIDAD DE ADMINISTRACIÓN Y FINANZAS

Esther Hernández Torres

DIRECTORA GENERAL DE VINCULACIÓN CULTURAL

Guillermina Pérez Suárez

COORDINADORA NACIONAL DE DESARROLLO CULTURAL INFANTIL

Noviembre de 2023

